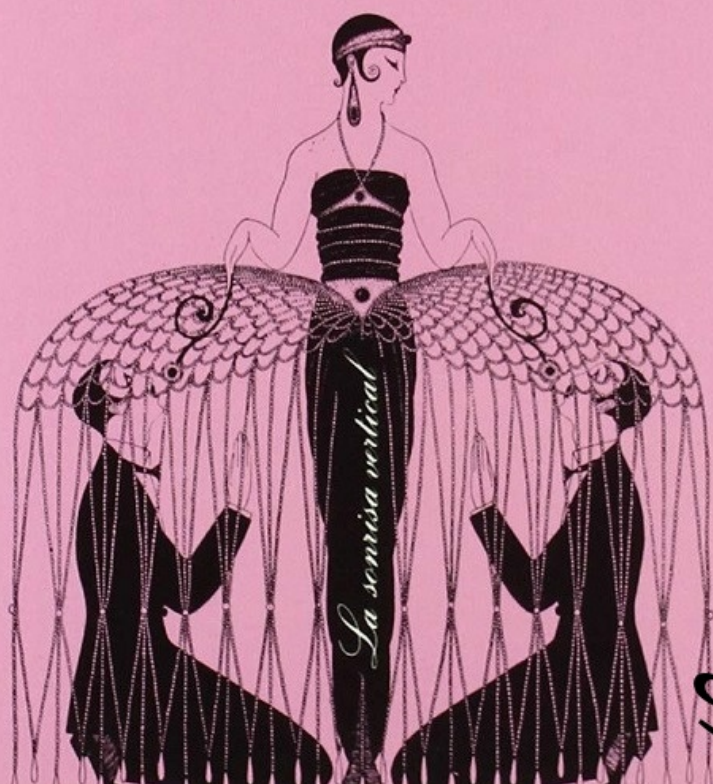


Gamiani

Alfred de Musset



de

La leyenda dice que el poeta Alfred de Musset, en una plática de absentia con sus amigos, apostaba a que la literatura erótica no necesitaba de la vulgaridad ni del lenguaje soez para ser altamente calentante. Siendo muy joven, cumple con su promesa, entregándoles a sus amigos un trabajo nunca pensado para la imprenta. Pero al ser un clásico de la pornografía, pronto ya estaba editándose profusamente.



Alfred de Musset

Gamiani

o dos noches de quimera

La sonrisa vertical - 4

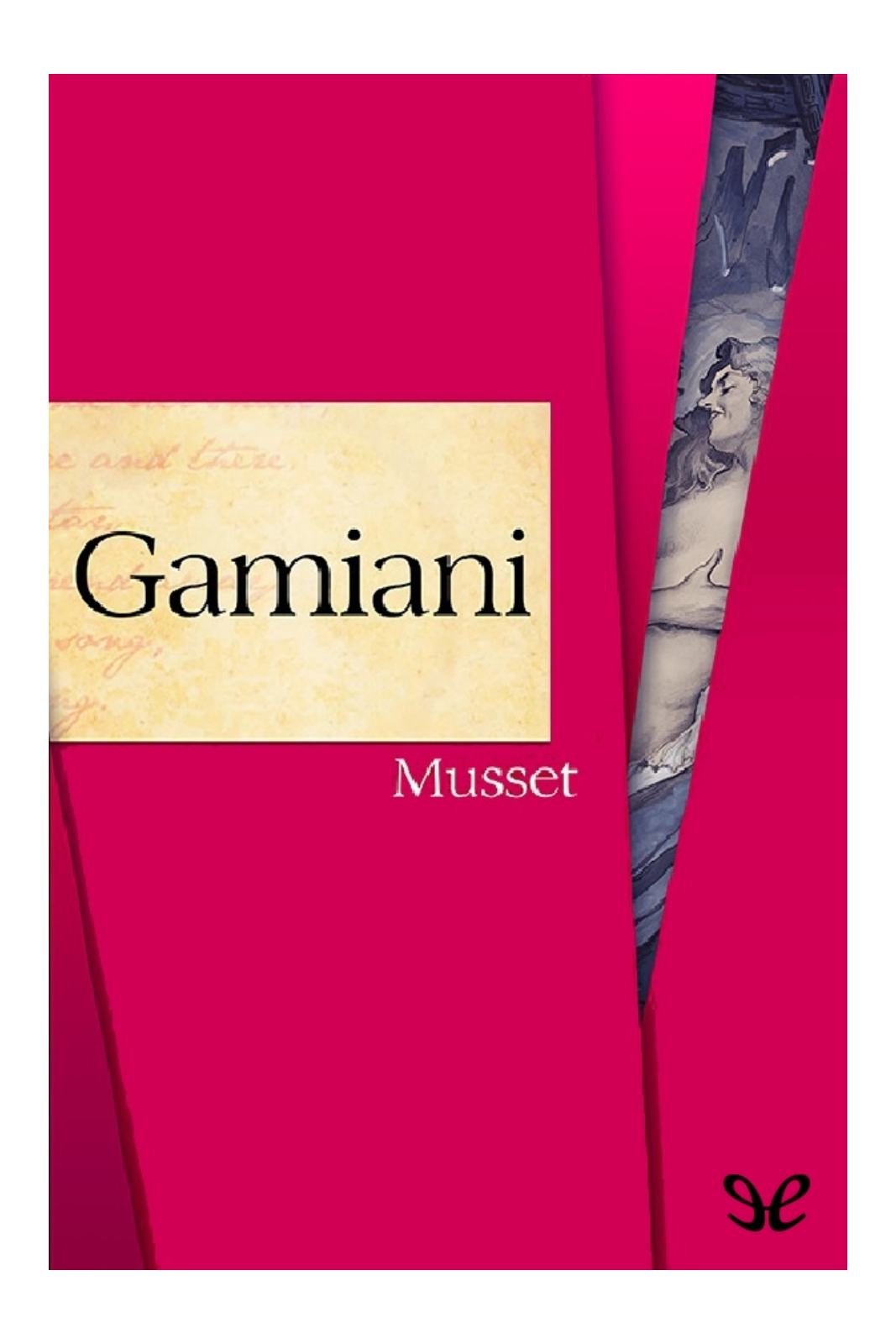
ePub r2.3

Titivillus 19.03.15

Título original: *Gamiani*
Alfred de Musset, 1833
Traducción: Desconocido

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





The book cover features a vibrant red background. A horizontal yellow rectangular box is positioned in the upper left, containing the title 'Gamiani' in a black serif font. To the left of the title, within the yellow box, are faint, handwritten-style words in red ink: 'e and there', 'too', 'una', 'song', and 'y.'. A vertical strip on the right side of the cover contains a classical-style illustration of a woman's head and shoulders, looking upwards, set against a blue and white background. The author's name 'Musset' is printed in a white serif font below the yellow box.

Gamiani

Musset



Prólogo

Cuando un género literario como la Erótica, que, desde Ovidio hasta Bataille, ha enriquecido nuestra cultura de obras fundamentales del pensamiento universal, ha estado tantos años en España sumergido en catacumbas, es una auténtica satisfacción para un editor poder extraerlo por fin de las sombras. Tan acostumbrados están en nuestro país los aficionados a este género a permanecer ocultos, a ser vilipendiados, rechazados y perseguidos por las ideologías inquisidoras que tanto sus autores como sus lectores siguen aún, con frecuencia, aterrados tras sus máscaras anónimas en espera de tiempos mejores en los que se les permita expresarse y gozar de la lectura libremente, sin prejuicios, ni perjuicios.

Como todo género literario, la Erótica no escapa a los estragos de los profesionales de la producción quiosquera, y por cada Faulkner, Chandler, Julio Verne o Marqués de Sade corresponde a la Literatura soportar mil novelas rosas, «de tiros», «del oeste», «verdes» o pornos. Mientras la proporción en la demanda de libros siga siendo esta, no cabe duda de que volver a publicar hoy en España^[1] un clásico del género como lo es Gamiani, de un autor de la talla de Alfred de Musset, seguirá siendo un hecho cultural del que no podemos más que alegrarnos y enorgullecernos.

Gamiani o dos noches de quimera se inscribe en la línea del movimiento romántico francés de la primera mitad del siglo XIX. Con Alfred de Musset (1810–1857), autor, entre otras obras de Cuentos de España y de Italia, Mardoche, Rolla, Las noches, Lorenzaccio, Comedias y proverbios, etc., este movimiento alcanza su plenitud, y la mayoría de sus obras expresa con fuerza todo lo patético de la pasión. Musset, un romántico exasperado, vivió a lo largo de su corta existencia la angustiada e impetuosa rebeldía que dio en llamarse «el mal del siglo» y que tan bien describe en Confesiones de un hijo del siglo. Poeta, dramaturgo, ensayista, Alfred de Musset vivió su época con el arrojo de

quien es consciente de ser uno de sus principales protagonistas. En sus célebres Cartas de Dupuis y de Cottonet (1836) define así el Romanticismo: «Es la estrella que llora, el viento que ruge, la noche que se estremece, la flor que vuela y el pájaro que exhala; es el flujo inesperado, el éxtasis languideciente, el estanque bajo las palmeras, la esperanza rojiza y sus mil amores, el ángel y la perla, el blanco traje de los salces. Es el infinito y lo estrellado, lo cálido, lo roto, lo desencantado, y, no obstante, es a la vez lo lleno y lo redondo, lo diametral, lo piramidal, lo oriental, lo descarnado, lo estrechado, lo abrazado, lo arrollador; ¡qué nueva ciencia!».

El libre curso de la imaginación creadora —a veces hasta el absurdo —, la busca del instante absoluto, pleno, total, la entrega sin condiciones —a costa incluso de la propia vida— son algunas de las características románticas que sitúan Gamiani entre las obras más íntimas del gran poeta. Escrita en dos noches, según cuenta la leyenda (¿quién sabe si en alguno de los períodos más tormentosos de su relación con la escritora George Sand, quien más tarde lo abandonó por Chopin...?), puede decirse hoy que es un ejemplo muy genuino de novela erótica romántica, en la que el personaje de la condesa Gamiani, apasionada, impulsiva y exasperada, surge de la capacidad imaginativa de un autor que, en su romántica insubordinación a las normas literarias, no vacila en alcanzar situaciones extremas, delirantes, totalmente irreales. Y así debe leerse Gamiani.

El Editor.

Primera noche

1

Era ya media noche. En los lujosos salones de la condesa Gamiani, resplandecientes y perfumados, danzaban las juveniles parejas a los acordes de una mágica orquesta.

Las refulgentes joyas aumentaban el encanto de los elegantes trajes de variados colores.

Encantadora, graciosa, desvivíase la condesa por atender a todos sus invitados, y en su interesante rostro se traslucía la alegría que saboreaba gozosa por el éxito de la fiesta. Por todas las felicitaciones y para todos los cumplidos galantes tenía la dama una sonrisa, pregonera de su júbilo.

Yo, reducido, como siempre, a mi papel de frío observador, había notado varios detalles que me impedían ver en la condesa todos los méritos que le ponderaban sus ciegos admiradores.

No fue para mí labor difícil aquilatar su valía de mujer de mundo; pero deseaba conocer íntimamente a Gamiani, analizando con el escalpelo de mi razón su ser moral.

Confieso que una fuerza misteriosa parecía estorbar este propósito y sentía como vergüenza de aquel empeño de descubrir el misterio de la vida de aquella mujer enigmática y extraña.

Joven aún, inmensamente rica, bella, sin familia y con pocos amigos verdaderos, Gamiani podía considerarse como un caso raro en la sociedad elegante en que vivía.

Ciertas particularidades de la extraña vida de la condesa eran comentadas con explicable malicia.

Juzgábanla unos mujer fría y sin pasiones; teníanla otros por artista y desengañada de la vida, resuelta a frenar sus sentimientos y sus pasiones para ahorrarse nuevas amarguras.

Me propuse conocer el secreto de aquella vida; pero nada

conseguí.

Aburrido, cansado del mal éxito de mis observaciones, estaba ya a punto de abandonar aquella empresa, cuando la casualidad vino en mi auxilio.

Un viejo libertino que asistía a la fiesta, dijo con cierto desdén, refiriéndose a Gamiani, que pasaba por nuestro lado:

—Es una sacerdotisa de Safo.

Aquellas palabras fueron para mí una revelación. ¡Ya no existía misterio!

Mi ansiedad de saber, había quedado satisfecha; pero al propio tiempo se había apoderado de mi espíritu un afán inquietante y malsano. Ante mis ojos se presentó de repente un verdadero mundo de imágenes monstruosas y lascivas.

En vano procuré alejar de mí aquella horrible visión, lujuriosa y violenta, que excitaba todos mis sentidos en orgiásticos delirios.

En un anhelo de lujuria insaciable y brutal se me antojaba ver a la condesa, lúbrica y desnuda, entre los brazos de otra mujer, con la cabellera en desorden; rendida y atormentada por un placer sólo a medias conseguido.

Mi sangre era de fuego; el corazón me latía con fuerza y, no pudiendo sufrir el enardecimiento de mis sentidos, caí fatigado en un sofá.

Cuando conseguí reponerme, me tracé fríamente un plan, para espiar a la condesa.

Dispuesto a realizar mi propósito, determiné vigilar a Gamiani en su misma alcoba.

Advertí que desde la puerta de cristales del tocador de la condesa se veía bien su lecho y, oculto entre unas ropas que pendían de una percha, me dispuse a esperar pacientemente la hora de las curiosas revelaciones.

La espera no fue muy larga. Acababa de esconderme en mi observatorio, cuando Gamiani entró en el tocador, seguida de su doncella, una joven morena y esbelta.

La condesa despidió luego a la doncella, diciéndole:

—Julia, puedes acostarte. No necesito esta noche tus servicios. Si oyes ruido en mi dormitorio, no te inquietes.

Estas palabras fueron para mí como el anuncio de algo importante, que justificaba mi indiscreción y mi osadía.

2

Poco a poco se fue extinguendo el bullicio de los salones de la condesa.

Uno a uno, o por grupos, desfilaron todos los invitados. Sólo quedó en el salón, ya desierto y silencioso, la señorita Fanny C, a la que la condesa llevó a su dormitorio, donde yo aguardaba anhelante e inquieto. Mantenían apacible diálogo.

Fanny

¡Qué contratiempo, condesa! Está diluviando y es imposible encontrar un coche.

Gamiani

Mi disgusto es tan grande como el vuestro, porque, desgraciadamente, hoy se han llevado mi coche al taller.

Fanny

Mi madre, al ver que no vuelvo a casa, se creará que me ha ocurrido una desgracia.

Gamiani

No os inquietéis. Me he cuidado de avisar a vuestra madre, y ya sabe que pasáis aquí la noche. Hoy sois mi huésped.

Fanny

Es demasiada bondad. Os molestaré, seguramente.

Gamiani

Por el contrario, me proporcionaréis un gran placer. Gozo ya pensando en el deleite de esta inesperada aventura. Dormiremos las

dos juntas en esta alcoba.

Fanny

No, no: os impediría dormir.

Gamiani

Me gustará mucho. Veréis qué bien lo pasaremos. Seremos por esta noche como dos colegialas muy amigas.

La condesa, para dar más valor a sus cariñosas palabras, besó suavemente a Fanny, luego dijo, poniéndose manos a la obra:

—Yo misma os desnudaré, mi doncella se ha acostado, y hemos de prescindir de sus servicios... ¡Querida Fanny, tenéis un cuerpo admirable!

Fanny

¿Os gusta?

Gamiani

¡Estáis admirablemente bien formada!

Fanny

Sois muy amable.

Gamiani

No, no; os hago justicia. ¡Qué blancura! Os envidio.

Fanny

Sin razón, porque vuestro cuerpo es más blanco.

Gamiani

No, hija... Desnudaos sin temor. Imitadme a mí y quitaos toda la ropa. ¿A qué viene esa timidez?... ¡Así!... Ahora contemplaos en ese espejo. Paris os habría dado la manzana sin vacilación y con justicia. ¡Ah, pillina, cómo sonrío viéndose tan hermosa! Tanta belleza merece el premio de un beso en la blanca frente... otro en cada mejilla... y otro más fuerte en la boca. ¡Sois adorable!

Los labios ardientes de la condesa se posaban lascivos en los encantos del prodigioso cuerpo de Fanny. La joven, temblorosa y

confusa, recibía las abrasantes caricias sin comprender lo que aquellos arrebatos significaban.

Mis ojos contemplaron ansiosos a aquella pareja, llena de voluptuosidad y de gracia, en la que contrastaba el ardor imperioso de Gamiani con el tímido pudor de la asombrada muchacha. Yo me figuraba ver a un ángel puro y bello entre los brazos de una bacante ebria y fogosa.

Fanny

¡Basta, basta! Os lo suplico.

Gamiani

¡Oh, no puedo, Fanny mía! ¡Eres demasiado hermosa...! ¡Te amo, te adoro, me enloqueces!

Fanny pretendía, inútilmente, librarse de las lúbricas acometidas de la condesa. Cuando la joven pretendía protestar con sus tímidas palabras, los labios de Gamiani apretaban fuertemente los de Fanny. Cegada por el deseo, la condesa cogió fuertemente a la virgen entre sus brazos y llevándola hacia el lecho la tendió en él como si fuese una presa que quisiera devorar.

Fanny

¡Por favor!... ¡Me asustáis!... ¡Voy a gritar!... Señora, por Dios, me dais miedo. ¿Qué os pasa?

La condesa, doblemente enardecida, respondía a estas súplicas con besos aún más ardientes. Los abrazos de Gamiani apretaban con más fuerza la delicada carne de Fanny y los dos cuerpos se juntaban como formando uno solo.

Gamiani

¡Amor mío, no te resistas! ¡Entrégate, sé mía y toma mi vida!... ¡Toma el alma!... ¡Oh, cómo gozo!... ¡También tú te estremeces, pequeña!... ¡Ah, por fin quieres ser mía!

Fanny

¡No; me hacéis daño! ¡Por piedad!... ¡Me estáis matando! ¿Qué es esto? ¡Me muero!

Gamiani

¡Así! Aprieta tu cuerpecito contra el mío... ¡Más, más aún, niña mía! ¡Ahora te encuentro más bella! ¿Por qué mientes, embustera mía? ¡Sí, te gusta; eres feliz como yo! ¿Verdad que sí, gloria mía?...

Entonces se ofreció a mis ojos un inefable espectáculo. Gamiani, con la mirada encendida, los cabellos revueltos, enloquecida y furiosa, ondulaba y se retorció sobre la joven cuyo cuerpo se había ido enardecendo.

Las dos mujeres, fuertemente abrazadas, se devolvían frenéticas sacudidas, y sus suspiros ahogados iban seguidos de besos y de palabras de amor.

Crujía aún el lecho, cuando, extenuada y rendida, Fanny dejó caer ambos brazos, quedando inmóvil y pálida como un hermoso cadáver. Gamiani jadeaba, excitada por el deseo, sin lograr satisfacerlo.

Enloquecida, furiosa, se separó del lecho y fue a arrojarle en el centro de la alcoba, sobre la alfombra. Adoptando posturas lúbricas trataba de aumentar su enardecimiento, pretendiendo, rabiosa y lasciva, provocar con sus propios dedos el paroxismo del placer...

Este espectáculo acabó de trastornarme.

Hubo un momento en que, asqueado y furioso, pensé en presentarme a aquella mujer perversa, haciéndole sentir el peso de mi desprecio.

Pero la razón fue vencida por la carne, y, fuera de mí, feroz como una bestia, me arrojé furioso y enardecido, sobre el hermoso cuerpo de Fanny.

Fue tan súbita y tan afortunada la acometida, que pronto me vi triunfador, sintiendo bajo mi cuerpo agitarse y temblar de placer el delicado cuerpo de la muchacha.

Nuestras ardientes lenguas se cruzaban con frenesí. Nuestras dos almas no formaban más que una.

Fanny

¡Ay!... ¡Dios mío!... ¡Me matan!...

A esta queja, acompañada de un estremecimiento, siguió un prolongado suspiro y me sentí inundado por los favores de Fanny.

—¡Toma, Fanny mía! —exclamé yo enloquecido—. ¡Ya soy

tuyo!... ¡Todo tuyo!

Fue mi tributo tan completo y tan copioso, que sentí como si se me fuera toda la vida.

Agotado, muerto en los brazos de Fanny, no me di cuenta de la furiosa acometida de la condesa, que envidiosa y colérica, se esforzaba por separarme de Fanny.

Las uñas y los dientes de Gamiani se clavaban en mi carne.

El contacto de las dos hembras enardecidas, aguzaba mi lujuria. Con los deseos multiplicados, me así fuertemente a Fanny, para no perder su posesión. Luego, sin perder aquella presa, empujé con fuerza a Gamiani, hasta que sus muslos quedaron abiertos y al alcance de mi boca.

—Ven, tú también —dije, dominando a la condesa—. ¡Apóyate sobre los brazos!

Gamiani obedeció adivinando mi deseo, y pude a la vez pasear mi lengua ardiente y activa sobre el sexo excitado.

Fanny, entretanto, acariciaba suavemente el pecho tembloroso de la condesa. Gamiani fue fácilmente vencida.

Gamiani

—¡Basta, basta!... ¡Es demasiado!... ¡Me ahogo! ¡Me mue...!

Y, sin poder acabar la última palabra, cayó pesadamente como un cadáver.

Excitada de nuevo, la adorable Fanny me echó los brazos al cuello, y con sus potentes piernas me rodeó la cintura.

Fanny

¡Ven!... ¡Ahora yo!... ¡Quiero ser tuya!... ¡Muy despacio!... ¡Así! ¡Párate!... ¡No; más suave!... ¡Así!... ¡Soy tuya! ¡Tuya!... ¡Ah!...

Nos quedamos silenciosos, rígidos, anonadados. Las entreabiertas bocas confundían jadeantes y abrasadoras, sus apagados alientos.

Poco a poco, fuimos volviendo a la vida. Cuando, pasado el enervamiento, nos incorporamos los tres, nos miramos como atónitos.

Gamiani, avergonzada de sus arrebatos lúbricos, se apresuró a cubrir su desnudez.

Imitóla Fanny, tapándose con las ropas del lecho, y, como un niño arrepentido tardíamente de su travesura irremediable, rompió a llorar.

Gamiani

¡Es usted un miserable! Todo lo que ha hecho esta noche es vil y cobarde.

Traté de defenderme.

Gamiani

Por lo visto, ignora usted que una mujer no puede perdonar a quien descubre sus debilidades.

Me pareció la mejor disculpa mentir una pasión invencible y callada que ella había enardecido con su indiferencia, hasta llevarme a la felonía y a la brutalidad.

Añadí que podía estar segura de que sabría guardar aquel secreto, cuyo conocimiento debía más a la casualidad que a mi atrevimiento.

—Confiad —dije— en que soy un caballero y que estoy agradecido. Jamás olvidaré estos momentos en que tan feliz he sido. Si hubo falta, discúlpeme mi pasión; pero, en lugar de recriminarnos inútilmente, pensemos sólo en los placeres que acabamos de gozar y en los que podemos gozar aún.

La condesa aparentaba un gran rubor, se cubrió el rostro con las manos.

Aproveché su estudiado silencio para tranquilizar a Fanny, que seguía llorando.

—Serenaos —le dije—. El placer gozado no justifica ese llanto. Sólo debemos pensar en la inefable dicha de hace un instante. Grábese el recuerdo de este gozo en nuestra memoria. Yo doy mi palabra de que no aminoraré este agradable recuerdo descubriendo a persona alguna mi aventura.

Estas palabras produjeron su efecto. Gamiani depuso su cólera; Fanny dejó de llorar.

Instintivamente nos abrazamos de nuevo, caímos sobre el lecho entrelazados y de nuestras bocas brotaron palabras excitantes y besos apasionados.

—Hermosas mías —dije resuelto—, que ningún pesar aminore nuestro placer. Pensemos que esta es la última noche que nos queda en la vida para gozar y aprovechémosla sin vacilaciones y sin temor.

Gamiani exclamó enardecida:

—¡Ya es tarde para arrepentirse! ¡Gocemos sin inquietud y sin límite! ¡Fanny mía, ven a mis brazos! ¡Ansío morderte, necesito agotarte hasta la médula!

—¿Y a mí no me deseáis, Gamiani? —dije, brindándome a la condesa—. ¿No es apreciable el placer que yo pueda dar? Estoy seguro de que lo agradeceréis cuando lo hayáis saboreado... ¡Échate!... ¡Quieta!... ¡Levanta las piernas!... Ven, Fanny, y ayúdanos. Guía con tu mano el arma con que quiero dar muerte a la condesa... No te resistas, Gamiani.

La condesa se agitaba, enardecida por los besos que recibía de Fanny; pero rehuía mis formidables acometidas. Ansioso de placer, y enloquecido por la resistencia de Gamiani, aproveché un movimiento que hizo Fanny para arrojarla con fuerza boca arriba, sobre el cuerpo de la otra mujer, y ataqué resueltamente. Un momento después, jadeábamos los tres, confundidos en un apretado grupo y abismados en un éxtasis delicioso y profundo.

* * *

Gamiani

¡Alcides, qué traición! Has preferido otra vez a Fanny, pero no te guardo rencor. Conmigo hubieras perdido el tiempo. Tengo la desgracia de ser anormal. No sé saborear un goce apacible. Sólo ansío lo extravagante y lo absurdo. Amo y busco lo imposible. Estoy condenada a continuas decepciones. ¡Qué triste sino! ¡Anhelar sin descanso, sin lograr verme saciada! Soy víctima de mis deseos... ¡Qué desdicha!

Eran sus lamentos tan sinceros y tan desesperados, que me sentí conmovido. La depravada Gamiani era digna de compasión.

Gamiani

Pero yo no soy responsable de mi desgracia. Cuando os cuente una parte de mi historia, os apiadaréis de mí. Mis vicios tienen disculpa.

Me educué en Italia y al cuidado de una tía viuda y joven.

Cuando cumplí los quince años, tenía de la vida la terrorífica idea que de ella da nuestra religión. Mi única preocupación era rogar sentidamente a Dios que me librara de los males del infierno.

Mi tía fomentaba este miedo, en vez de aleccionarme haciéndome amar la vida. Era una mujer adusta y poco cordial. No recuerdo ningún rasgo suyo de puro amor.

A pesar de su hosquedad, muchas mañanas me hacía acostarme en su propia cama, y apretándome contra su pecho, me decía palabras afectuosas. De pronto me atenazaba el cuerpo con sus muslos y se agitaba convulsa... Me parece verla en estos extraños momentos, en los que, agitándose y retorciéndose, echaba hacia atrás la cabeza riendo ruidosamente como una loca.

Yo la creía enferma y la miraba con pena y con miedo.

Una tarde celebró mi tía una larga entrevista con un fraile capuchino. Después me llamaron y el religioso me habló largamente en tono severo y ceremonioso.

—Hija mía —me dijo—, ya eres una mujercita y es seguro que no tardará en procurar tu conquista el demonio de la tentación. Es necesario que, para resistir a sus terribles ataques, procures ser pura y sin mancha; sólo así serás invulnerable a sus aguzadas flechas. Jesucristo sufrió grandes dolores para redimir a las criaturas. Con el dolor lavarás tus pecados. Prepárate para la expiación de tus culpas. Pide a Dios que te dé valor y las energías que has menester para la prueba a que serás sometida esta misma noche. Puedes retirarte, hija mía.

El discurso del fraile no me causó gran sorpresa, porque ya en otras ocasiones mi tía me había hablado de las penitencias indispensables para lavar por la tortura muchos pecados.

Sin embargo, cuando me vi sola, pensé con espanto en las palabras del fraile. Quise prepararme para la oración y no pude. El miedo al suplicio que me aguardaba me impedía elevar mi alma al cielo.

A medianoche entró mi tía en mi alcoba y me ordenó que me desnudara. Me lavó luego todo el cuerpo y me vistió una bata

holgada y negra, rasgada a lo largo de la espalda.

Cubrióse mi tía con otra igual y salimos las dos de nuestra casa en un coche.

Al cabo de una hora me hicieron entrar en una amplia sala, tapizada de negro y vagamente alumbrada por una lámpara, que pendía del techo.

Mi tía me ordenó que me arrodillase. Luego me dijo:

—Prepárate para la oración y ten ánimo para sufrir todo el dolor con que quiera Dios favorecerte.

Se abrió una puerta y entró por ella un corpulento fraile.

Se acercó majestuosamente, musitó entonces algunas palabras y me levantó la túnica, dejándome las nalgas al descubierto.

La vista de mis carnes le arrancó al religioso un ligero suspiro.

Llevó su diestra a la parte que yo mostraba humillada y con miedo, durante largo rato la paseó con deleite, deteniéndose en las partes más secretas.

—¡Por aquí peca la mujer! —dijo con voz cavernosa—. ¡Por aquí debe padecer!

Al acabar estas palabras descargó sobre mis carnes unos rudos disciplinazos, dados con unas recias cuerdas anudadas y con aguzadas puntas de hierro.

Me abracé a un reclinatorio, pretendiendo sufrir el dolor y ahogar las quejas; pero el sufrimiento era tan grande, que eché a correr atemorizada y gritando:

—¡Piedad! ¡No puedo sufrir ese tormento!... ¡Tened compasión de mí!

—¡Cobarde! —dijo mi tía—. ¡Yo te daré ejemplo!

Rápidamente se quitó la túnica, y, completamente desnuda, se echó de bruces sobre el suelo y ofreció valientemente sus nalgas, esperando los azotes.

El fraile descargó implacable las ferradas disciplinas. Las carnes se abrieron y sangraron en abundancia.

Mi tía, serena y resuelta, le decía a su verdugo:

—¡Más fuerte! ¡Más!... ¡Más todavía!

Aquel espectáculo me trastornó, y, animosa y resuelta, dije que estaba decidida a ser también azotada.

Levantóse mi tía y me besó con pasión; el fraile me ató de manos y me cubrió los ojos con una venda.

De nuevo comenzó mi suplicio. El religioso, ya enardecido, me golpeó furioso; pero yo estaba como embotada y no sentía dolor ninguno.

A pesar de mi atolondramiento, me parecía oír voces confusas, azotes sobre cuerpos desnudos, gritos prolongados y suspiros denunciadores de placeres sexuales.

De rato en rato la voz de mi tía, alocada de voluptuosidad, se alzaba vociferante, dominando el brutal alboroto.

No tardé en comprender que el cruento espectáculo de mi tormento azuzaba los deseos y estimulaba la saturnal.

Cansado de golpear, acabó el fraile mi suplicio.

Largo rato estuve inmóvil, dominada por el espanto y resignada a morir.

A medida que iba recobrando ánimos, experimentaba un extraño desasosiego que inflamaba todo mi cuerpo.

Me agitaba, lasciva, anhelosa de satisfacer un inexplicable afán que me consumía.

De pronto me sentí cogida por dos brazos forzudos, al propio tiempo que me punzaba en las nalgas una cosa rígida y muy caliente. Aquel cuerpo extraño se deslizó luego hacia abajo, diestramente dirigido por una mano varonil y ardiente, y sentí un vivísimo dolor. Mis carnes se desgarraron y lancé un grito horroroso. Un coro de carcajadas siguió como un eco infernal a mis lamentos.

Mi nuevo verdugo pareció más enardecido, y empujando furioso, consiguió introducir por entero en mí ser aquella cosa tan dura, para mí desconocida.

Las musculosas piernas de mi enemigo se pegaban a las mías todas ensangrentadas. Nuestros dos cuerpos se estrujaban como si pretendieran fundirse en uno solo. Se crispaban mis nervios y mis venas se hinchaban.

El cuerpo duro que me había herido se agitaba ahora, dentro de mí, con tanto vigor y tal agilidad, que mi carne echaba fuego, como si lo que operaba en mí fuese un hierro candente.

Al dolor y a la inquietud siguió un delicioso éxtasis. Me creí transportada al paraíso.

Casi al mismo tiempo me inundó un licor viscoso y tibio que penetró en mis huesos y me llegó hasta la médula.

A este dulcísimo riego respondí con un fluido que brotó de lo más profundo de mi ser y era como lava ardiente.

Agitándome con frenesí di salida a aquel río hirviente y caí al suelo extenuada y gozosa.

Fanny

¡Es un relato diabólico!

Gamiani

No he concluido todavía. No me interrumpas. Mi inefable deleite se trocó luego en un horrible dolor. Fui maltratada horriblemente.

Más de veinte frailes cayeron sobre mí como fieras hambrientas.

Quedé desvanecida. Mi cuerpo, martirizado y sucio, quedó en tierra como una masa inerte.

Mis propios verdugos me llevaron medio muerta a una cama.

Fanny

¡Qué crueldad!

Gamiani

Sí, espantosa. Lo más horrible de aquella brutal aventura es que esta decidió para siempre mi desgracia.

Recobrada la salud y el juicio, pude apreciar la perversidad de mi tía y de sus lascivos compañeros, quienes, con mi martirio, habían satisfecho su lujuria.

Avergonzada y furiosa, juré odio mortal a aquellos miserables. Luego mi odio se fue agrandando hasta alcanzar a todos los hombres.

Desde entonces he encontrado odiosas sus caricias y he huido de ser nuevamente juguete de sus deseos.

Pero mi naturaleza era ardiente y, víctima de mis pastores, caí en el hábito repugnante y enervante del goce solitario. A este mal vinieron a poner remedio las doctas lecciones de lascivia de las monjas del convento de la Redención. Esta ciencia fatal, en que son maestras aquellas hermanas, me perdió definitivamente.

Al llegar a este punto de su relato, sollozó entristecida Gamiani.

Comprendí que mis caricias no lograrían satisfacer los deseos de aquella perversa. Me dirigí a Fanny.

Alcides

A ti te toca ahora hacernos tus confidencias. En una sola noche has sido iniciada en varios misterios. Cuéntanos cómo gozaste los primeros deleites sexuales.

Fanny

No me atrevo. Es vergonzoso.

Alcides

Por esta noche, y entre nosotros, puedes dejar tus pudores.

Fanny

No es pudor; pero, después de lo que hemos oído a la condesa, lo que puedo contar es insignificante.

Alcides

Mala excusa. Después de haberlo hecho todo, no hay razón para que nos ocultemos nada.

Gamiani

¡Habla, encanto mío! Toma un beso, dos, cientos, cuantos tú quieras, y enardécenos con tu relato. Te lo ruego yo y te lo pide tu enamorado Alcides, que de nuevo te amenaza con su dardo maravilloso.

Fanny

¡Oh, no!... ¡Por piedad, Alcides! ¡No puedo más!... ¡Gamiani... Alcides... dejadme!

Alcides

Si no nos recreas con el poema de la pérdida de tu doncellez, seré implacable.

Fanny

Si os empeñáis...

Alcides y Gamiani

¡Sí! ¡Sí!

Fanny

Os juro que llegué a los quince años completamente inocente, nunca se me había ocurrido pensar en las diferencias que pudiera haber entre los hombres y las mujeres.

Vivía feliz en mi ignorancia, hasta que un día caluroso sentí una necesidad imperiosa de estar sola y entregada por completo a mi contemplación.

Me destrencé el cabello, me aligeré de ropas y me tumbé en un sofá... ¡Me da vergüenza seguir!... Instintivamente empecé a desperezarme y a retorcerme. Sin darme cuenta, adoptaba las posturas más lascivas.

El sofá era de cuero, y su frescura, que contrastaba con el ardor de mi cuerpo, me producía una sensación muy agradable. Respiraba gozosa en aquel ambiente de soledad y de silencio, y poco a poco me iba sumergiendo en un delicioso éxtasis. Me parecía que empezaba a conocer una nueva existencia; era como un capullo que abre sus hojas bajo la acción de un sol primaveral.

Alcides

Estás inspirada, Fanny.

Fanny

Trato de pintar con exactitud mis sensaciones de aquellos momentos.

Con complacencia, tal vez orgullosa, iban mis ojos examinando mis formas. Mis manos se paseaban complacidas y suaves por todo mi cuerpo. Me acariciaron la garganta y después el seno. Fueron descendiendo poco a poco hasta llegar a mis partes más secretas, donde quedaron aprisionadas por una instintiva aproximación de mis muslos.

Aquel contacto me fue muy dulce.

Las palabras amor y amante acudían a mi imaginación con un sentido extraño que yo no acertaba a definir.

Hubo un momento en que me creí sola en el mundo, sin padres, sin parientes y sin amigos. Sentí un espantoso vacío.

Por fin me levanté del sofá. Estaba muy triste e inquieta.

Estuve largo rato pensativa. Luego volví a examinarme y, palpándome otra vez, acabé por preguntarme si todos aquellos encantos que yo era la primera en admirar no tendrían algún objeto, que yo ignoraba.

Mi inquietud iba en aumento y sentía un vago afán tan misterioso como irresistible. Yo quería con toda el alma algo que no sabía precisar.

Si alguien me hubiese espiado en aquellos momentos de inquietud, me hubiera creído loca. A veces reía insensata; otros momentos mis brazos se abrían cerrándose luego, como si quisieran estrechar a un ser imaginario. Este ser no existía, y, sin embargo, yo me daba cuenta de que mi cuerpo ansiaba el contacto de otra carne. Alucinada, me abrazaba a mí misma.

A través de los cristales se veía a lo lejos los árboles y la gente. Sentí un gran deseo de volar y perderme entre las hojas o de ir a revolcarme en el césped.

A un mismo tiempo lo quería todo y, fuera de mí, me tiré sobre los cojines.

Tomé uno y lo coloqué entre mis muslos, oprimiéndolo con fuerza. Luego cogí otro y lo abracé con locura. Tal era la sugestión de mis sentidos que llegué a figurarme que era el cojín un ser animado y querido, y le sonreía con amor y le besaba con deleite.

De pronto me agité gozosa, y luego quedé como anonadada. Asustada, me puse en pie sin saber lo que me había ocurrido.

Me sentí mojada. Creyendo que estaba herida, me arrodillé pidiendo a Dios que me perdonara si había pecado.

Alcides

Admirable inocencia. ¿No confiaste a nadie lo sucedido?

Fanny

No me atreví. A vosotros os debo la verdadera revelación de aquel misterio. Hace una hora habéis descubierto lo que era para mí un enigma indescifrable.

Alcides

Esa confesión me hace completamente feliz. Quiero darte una nueva prueba de mi inagotable amor. Gamiani, ayúdame; excita más mis deseos, para que inunde de fecundador rocío este capullo que hoy he convertido en flor.

Gamiani

¡Cuánta pasión! ¡Cuánto fuego! ¡Fanny mía, cómo gozas!

Fanny

¡Alcides, me matas! ¡Me mue...!

El goce nos enloquecía.

Hubo un reposo, impuesto por el cansancio, y las dos mujeres me obligaron a que les descubriera el secreto de mi iniciación sexual.

Alcides

He aquí mi relato.

Cuando yo nací, mis padres eran jóvenes y vigorosos.

Mi infancia fue dichosa. Me crie sin contratiempos y sin dolores.

A los trece años era ya un hombrecillo agujoneado por los deseos lascivos.

Educado cristianamente y destinado por mis padres al sacerdocio, me esforzaba por dominar mis tentaciones carnales. Implacable, maceraba mi carne, que estaba constantemente excitada.

Me impuse un riguroso ayuno; pero, entregado a voluptuosos sueños, todas las noches se desahogaba mi naturaleza. Esto me producía un gran terror; me parecía que había cometido un gran pecado.

Obstinado en evitar estas noches de pecado, redoblaba las abstinencias y trataba con empeño de alejar de mi espíritu toda idea pecadora.

Esta lucha tenaz contra mi naturaleza me conturbaba y me abatía.

Las privaciones continuas y exageradas me debilitaron y mis sentidos adquirieron una gran excitación. Al perder energías, me hice más nervioso y más sensual.

Padecía frecuentes vértigos; me zumbaban los oídos y me parecía que cuanto me rodeaba daba vueltas a mi alrededor. Otras veces, era yo el que giraba, impulsado por una fuerza extraña e irresistible.

Siempre que veía a una mujer la admiraban mis ojos, iluminada por una luz viva y deslumbrante.

Estaba realmente enfermo.

Llevaba algunos meses en este estado en que todo lo veía falseado por mi fantasía, cuando una mañana sentí de repente en todos mis miembros una contracción violenta. Siguió luego un

movimiento convulsivo como el que suele iniciar los ataques epilépticos...

Los otros síntomas de debilidad se acentuaban notablemente.

En momentos de indecible angustia, en los que me parecía que se me acababa la vida, se me presentaba un gran círculo negro que giraba vertiginosamente. Este círculo era, al principio, pequeño; poco a poco, se agrandaba hasta hacerse gigantesco. Cuando ya se había hecho enorme, brotaba de él una llama que parecía incendiarlo todo. Durante unos segundos caía a mi alrededor una copiosa lluvia de cohetes voladores, que reventaban a un tiempo envolviéndome en una intensa llama de grana y oro.

Extinguido el fuego, sólo quedaba una tenue luz, de la que súbitamente brotó un enjambre de diminutas mujercitas desnudas, blancas y transparentes, como si fuesen estatuillas de delicado alabastro.

Ingrávidas y ligeras, volaban hacia mí. Corrí a su encuentro; pero, antes de que pudiese alcanzarlas, huyeron burlonas y juguetonas.

Desaparecieron las mujeres impúberes para dejar paso a otro grupo de mujeres ya en la edad del amor y del placer.

Eran fogosas y vivarachas, de mirar incitador y con pechos abundantes y palpitantes; eran, las otras, pálidas y espiritualizadas, como las vírgenes de Osián.

Tenues gasas muy transparentes envolvían los cuerpos delicados y voluptuosos, todas parecían animadas por sensuales deseos, que parecían querer saciar entre mis brazos. En vano pretendía yo corresponderlas estrechándolas entre los míos.

Loco de lujuria me agité en el lecho. Fuera de mí, me puse vigorosamente en pie, soberbiamente erguido mi juvenil príapo.

Ebrio de afanes, rugí soeces palabras de amor. A mis ensueños mezclé el recuerdo de mis lecturas clásicas y me pareció ver a Júpiter rodeado de fuego y a Juno acudiendo presurosa a empuñarle el rayo. Luego vi todo el Olimpo en celo, en alocada confusión.

Se me apareció después una alocada orgía. En una oscura caverna, en la que humeaban pestilentes teas, se acometían lúbricos y furiosos cien diablos de formas de machos cabríos, grotescos y lujuriosos.

Unos se arrojaban desde la cuerda de un columpio sobre una mujer, que esperaba boca arriba la diabólica caricia. Uno a uno la iban penetrando con su dardo retorcido y aguzado, produciéndole un goce súbito que se manifestaba en una convulsión horrible.

Otros, más traviesos y brutales, se divertían poniendo boca abajo y con la popa en alto a una beata vieja, a la que, riendo locamente, clavaban a martillazos un descomunal priapo entre las nervudas nalgas.

Otro grupo de diablejos se ocupaba en disparar un cañón, del que salía una verga descomunal que iba a clavarse en el sexo de una horrible y lujuriosa diablesa, que recibía gozosa el obsceno proyectil con los muslos bien abiertos.

Otros diablos tenían fuertemente atada de pies y manos a una insaciable diablesa y excitaban su lujuria gozando ante ella los más desenfrenados placeres.

La infeliz gritaba y se retorció jadeante, vomitando espumarajos, ansiosa de un goce que no podía lograr.

Por todas partes se agitaban y bullían lúbricos y descocados diminutos diablejos que pellizcaban, mordían, chupaban, dando vueltas en corro. Me aturdían sus carcajadas y sus gritos, al propio tiempo que me enardecían sus suspiros, sus desmayos, sus excesos de lujuria.

En otro lugar más cercano y más prominente, unos diablos más graves se divertían parodiando las ceremonias de la religión católica.

Una monja, en cueros, caía arrodillada, con la mirada dulcemente perdida, ante un descomunal diablo, que llevaba una gran mitra caída sobre una oreja. El grotesco obispo ofrecía en la punta de su miembro agarrotado una blanca hostia, que la monja, en éxtasis, recibía con unción.

Unos pasos más allá, una diablesa recibía, para hallar el placer del bautismo, una oleada de vida que manaba de un priapo inagotable. Otra diablesa, fingiéndose moribunda, daba lugar a una profanación horrenda del sacrificio de la Extremaunción.

Un gran diablo, que era paseado en andas, sacudía orgulloso el recio signo de su virilidad, rociando a cuantos le rodeaban con su licor seminal. Todos se arrodillaban a su paso. ¡Era la procesión del Santo Sacramento!

Súbitamente suena una campana. A esta señal todos los diablos, grandes y chicos, machos y hembras, se toman por las manos formando un gran corro, que gira con frenesí. Los más débiles caen, y los que quedan en pie siguen girando en desenfrenado torbellino. Los cuerpos de los que están derribados hacen caer a los otros, y hay un momento en que todo es confusión y algarabía. Ya en el suelo, todos se acometen y se buscan, sin distinción de edades ni sexos, y hay una atroz mezcolanza de brutales aparejamientos. Tanta suciedad y tanta lujuria desaparece, por fin, barrida por una llama seguida de una humareda fétida y cegadora.

Gamiani

Tienes grandes condiciones de narrador, ¡bravo, Alcides! Ese relato merece ser perpetuado en un libro.

Alcides

¡Bah! De algún modo hemos de entretener lo que nos queda de noche.

Pero escuchad lo que sigue, que ya no es creación de la fantasía, sino de la realidad.

Caí aletargado. Cuando me repuse, tenía ante mí a tres jóvenes hermosas que mal velaban sus maravillosas carnes con sendas túnicas blancas.

Las tres estaban sentadas cerca de mi lecho. Pensé que seguía soñando; pero luego me advirtieron de que aquellas tres jóvenes estaban allí por disposición del médico, que, comprendiendo mi mal, quería probar el único remedio que podía curarme.

Tomé la mano de una de las jóvenes y se la besé con ansia. Era una mano carnosa y blanca.

A mis caricias correspondió la muchacha besándome en la boca con sus labios rojos y frescos.

El delicioso contacto me hizo estremecer de gozo.

En un raptó de demencia grité, dirigiéndome a las jóvenes:

—¡Hermosas mías, quiero gozar en vuestros brazos, gozar hasta el delirio, gozar hasta morir! ¡No me neguéis ninguno de los placeres que podéis darme!

Arrojé al suelo las ropas de la cama y me tendí a lo largo, colocando diestramente una almohada debajo de los riñones. Mi virilidad se mostraba desafiante y soberbia.

—¡Ven tú, graciosa morena, la del pecho recio y blanco! Siéntate a los pies de la cama y junta bien tus piernas con las mías. ¡Así! Acaricia suavemente mis pies con los delicados botones de tus senos. ¡Oh, qué gusto!

—¡Ven, ven —seguía diciendo, con palabras enérgicas y entrecortadas—; ven a mí para que yo coma tus ojos y tu boca! ¡Así te quiero! ¡Ponme aquí el dedo...! ¡Aquí! ¡Despacio!... ¡Más despacio! ¡Más!...

Al mismo tiempo se agitaban las tres mujeres, excitándose al placer.

Yo seguía frenético la dulce lucha, los lascivos movimientos y las forzadas posturas. De todas las bocas salían gritos, suspiros y frases entrecortadas; por mis venas corría un río de fuego; todo mi cuerpo se estremecía.

Mis manos se deleitaban oprimiendo dos recias manzanas de ardiente carne, o pasaban, crispadas y frenéticas, a buscar encantos más encendidos.

Luego mi boca reemplazó a mis manos; ávido de goce, lamía y mordía, y las palabras de súplica para que cesara en el juego deleitoso enardecían mi afán en lugar de contenerlo.

No tardó en llegar el agotamiento. Quedé como muerto y mi cabeza cayó pesadamente.

—¡Basta! ¡Basta! —supliqué, sin fuerzas.

Las tres jóvenes cayeron sobre mí pesadamente, sin sentido y jadeantes.

Gamiani

¡Qué placer habéis gustado, Alcides!... ¡Quién pudiera revivir vuestro relato!... ¿Y tú, insensible Fanny, no sientes envidia?... ¿Es posible que estés adormecida?

Fanny

¡Por piedad, Gamiani! No puedo más; aparta esa mano. Estoy rendida... muerta. Necesito dormir... ¡Dios mío, qué noche!

La pobre Fanny hablaba ya sin aliento. Huyendo de mis caricias y de las de Gamiani, se había encogido en un extremo del lecho.

Traté de reanimarla.

—No, no —dijo la condesa—. Pobre niña; comprendo su

abatimiento. Feliz de ella que al fin se rinde; yo, en cambio, estoy más irritada que antes y siento un loco afán que me devora. ¡Esto es horrible! ¡Desear siempre, desear hasta morir, sin satisfacción y sin cansancio! El roce de vuestros cuerpos, las historias que me habéis contado, vuestro ardor, todo me excita y me enardece. Tengo fuego en la sangre y un infierno en la imaginación, y ¡desventurada de mí, ya no sé qué idear para saciarme!

Y se arrojó de la cama.

Alcides

¿Adónde vas, Gamiani?

Gamiani

¡Me abraso, no puedo más! ¡Necesito agotarme, morirme!

Rechinaba los dientes y sus ojos se agitaban espantosos en las órbitas. Su cuerpo temblaba como el de un endemoniado. Aquella mujer daba miedo.

Fanny se levantó, asustada.

Yo temí que la condesa enfermara, y procuré en vano calmar su ardor besando y acariciando las partes más secretas de su cuerpo.

Cansáronse mis manos y mi lengua de acariciar aquel cuerpo sin conseguir provocar el espasmo. Aquella furia agotada, pero no satisfecha, se retorció rugiendo y sin encontrar placer.

Gamiani

¡Dejadme; es inútil! ¡Me voy!

Saltó nuevamente de la cama, abrió una puerta y desapareció.

Alcides

¿Adónde va? ¿Qué quiere?

Fanny

No sé; me da miedo. ¿Irá a matarse?... ¡Dios mío, ha cerrado la puerta!... ¡Qué gritos! Se ha ido a la alcoba de Julia.

Alcides

¿Qué busca?

Fanny

Encima de la puerta hay un hueco. Acerquemos el sofá y, colocando encima estas dos sillas, podremos verlo.

Desde nuestro mirador, pudimos contemplar un repugnante espectáculo.

A la luz mortecina de una lámpara, vimos a Gamiani, con los ojos desencajados, llena la boca de espuma y con los muslos ensangrentados, revolcándose rabiosa sobre un tapiz hecho con pieles de gato.

Está probado que la piel de gato excita la lujuria, a causa de la elasticidad que contiene.

Se arrastraba la condesa por la piel, y como si esta le comunicase una fuerza extraña y diabólica, sacudía las piernas en el aire y se mantenía casi recta sobre la cabeza en una grotesca e inverosímil cabriola. Luego se dejaba caer pesadamente, riendo con carcajadas estridentes y espantosas.

Gamiani

¡Julia, corre! ¡Ven! ¡Me vuelvo loca!... ¡Ven, ven; quiero morderte!

Se presentó Julia y ella le ordenó que se desnudara.

Hábil y dominadora, la doncella maniató fuertemente a Gamiani, que se dejaba hacer sin protesta.

Tomó luego otro largo bramante y sujetó con él fuertemente los pies de la condesa.

La lujuria de Gamiani llegó entonces al paroxismo. Aquella pobre mujer se agitaba rabiosamente.

Julia, sin demostrar la menor sorpresa, saltaba alrededor de su ama y se enardecía visiblemente.

Gamiani seguía ansiosamente con la mirada todos los movimientos de Julia, y su impotencia para intentar idénticos transportes era un nuevo acicate de su furia.

Gamiani

¡Medoro!... ¡Ven, Medoro!

Un enorme perro, que salió de un escondite, lanzóse sobre la

condesa y empezó a acariciarle con su roja y aguzada lengua las partes más recatadas.

La condesa dejaba escapar ligeros gemidos, que, poco a poco y a tono con el placer sentido, se fueron convirtiendo en agudos ayes.

Era fácil calcular a simple oído la gradación del deleite que estremecía el cuerpo de la condesa.

De pronto gritó:

—¡Julia! ¡Julia! ¡Julia!

Respondiendo a aquella llamada, verdadero grito de angustia, acudió la doncella llevando en las manos un gran miembro varonil, admirablemente imitado y lleno de leche caliente que, al oprimir la camarera un resorte, saltaba hasta diez pasos. Con dos correas, se adaptó el lúbrico aparato al sitio conveniente. El garañón mejor provisto, en todo el ímpetu de su poder de macho, no habría podido ostentar tal grandeza, o por lo menos, tal grosor. Nunca llegué a pensar que aquel falo enorme lograra penetrar el cuerpo de Gamiani. Pero ¡oh, sorpresa!, cinco o seis empujones, de una desaforada intensidad, acompañados de delirantes gritos, bastaron para sepultar, para enterrar el formidable príapo. Se hubiera dicho que la condesa era una viviente representación de la Casani. (Escultura que representa a Casandra en el momento de ser violada por unos soldados, haciéndose célebre por la expresión de espantoso dolor que representa la víctima).

Las dos mujeres se entregaron a un acompasado ejercicio, ejecutado con perfecta maestría.

De pronto Medoro, libre ya, y bien conocedor del papel que en el lúbrico cuadro debía desempeñar, arrojóse sobre Julia, cuyas nalgas entreabiertas y oscilantes le ofrecían el más sabroso regalo.

Con tal habilidad se comportó Medoro, que Julia se detuvo de repente, quedándose rendida de placer.

Colérica por esa detención, que aumentaba su sufrimiento y retrasaba su goce, la desdichada Gamiani rugía palabras de ira.

Repuesta, Julia comenzó su ejercicio con nuevo brío.

Un movimiento brusco de Gamiani, seguido de un comienzo de sopor, advirtieron a la doncella que el momento esperado se acercaba.

Sus dedos oprimieron el resorte del príapo.

¡Basta! ¡Ah! ¡Por fin!... ¡Ay!... ¡Maldita lujuria!...

No tuve decisión para abandonar mi observatorio y presencié aquella escena brutal con la razón extraviada y los ojos fascinados.

Aquellos furibundos arrebatos me enloquecieron: ya no había en mí más que sangre encendida, revuelta con lujuria y desenfreno.

También Fanny parecía transformada.

Sus ojos muy abiertos se clavaban en mí; sus brazos rígidos se me tendían ansiosos; sus labios entreabiertos delataban la impaciente espera de una sensualidad delirante.

La tomé en mis brazos y la arrojé contra el lecho, en el que quedó con las piernas en arco y el sexo aleteante. Me eché furioso sobre ella. Nos abrazamos, animados de igual ansia, como dos fieras en celo. Nuestros cuerpos se oprimían, se estrujaban.

Fue aquel un brutal apareamiento de la carne y de los huesos; goce de brutos, frenético y abrasador, en que nuestros cuerpos, en lugar de semilla, daban sangre.

El sueño calmó nuestros ardores.

Al cabo de cinco horas de reposo bienhechor, desperté yo el primero.

El sol brillaba en todo su fulgor. Sus rayos alegraban la estancia y jugueteaban en dorados reflejos sobre los tapices y las sedas de la alcoba.

El poético y alegre despertar me devolvió el sentido de la propia dignidad perdida en aquellos momentos de la noche inolvidable.

Me parecía salir de una pesadilla y que tenía a mi lado, para confortarme, un pecho de lirio rosa, puro y dulcemente conmovido. Fanny, dormida, abandonada sobre el revuelto lecho, trocaba en realidad los ideales más bellos.

Reposaba graciosamente la cabeza sobre el curvado brazo, y todo su perfil se acusaba suave y casto como en un cuadro de Rafael.

Era un deleite incomparable ahitar los ojos en la contemplación de tanta belleza, y al propio tiempo avergonzaba pensar que una noche de impureza había bastado para marchitar la virginidad de quince primaveras.

Una sola orgía había mancillado toda una juventud, plena de belleza, de gracia y de lozanía.

Todo se había perdido. El alma cándida, protegida hasta

entonces por la mano de un ángel, había pasado en un instante, y para siempre, en poder de un negro demonio de la concupiscencia, y este terrible y repugnante trueque se había operado sin ensueños, sin ilusiones, sin la disculpa de una caída por ceguera y por amor.

Fanny despertó sonriente y sin inquietud, creyendo encontrar, como de costumbre, al abrir sus hermosos ojos, sus tranquilos pensamientos, su inocencia y su virtud.

Segunda noche

Creía yo que Fanny no conservaría de Gamiani más que un recuerdo de repugnancia y de odio. Una noche de locura no podía haber agotado la inocencia de su alma.

Colmándola de caricias, pensaba conquistar para siempre su cariño, inspirándole una pasión normal. Me equivoqué. La imaginación de Fanny estaba ya pervertida.

El goce natural, en el que se confunden normalmente los dos sexos, no bastaba a satisfacer su lujuria. Su fantasía perversa le hacía pensar en un goce nuevo; cada placer que yo le procuraba, sólo servía de acicate a su lubricidad, que la llevaba a desear un placer distinto al que sentíamos.

Fanny pensaba continuamente en Gamiani, y los deleites que yo le proporcionaba le parecían desmayadas caricias comparados con los excesos de perversión con que fue iniciada en los transportes de amor en aquella noche inolvidable.

Cumpliendo un juramento que me había hecho, Fanny no había vuelto a ver a la condesa, pero esta separación no hacía más que aumentar el ansia que atormentaba a la joven. Cuanto más luchaba para vencer su afán de placeres anormales y sucios, más ardiente era su deseo de gozarlos nuevamente.

Pronto me di cuenta de que Fanny no sabría resistir. Desconsolado y celoso la espiaba de continuo.

Hice practicar un agujero, hábilmente disimulado, en el tabique que separaba nuestra alcoba del tocador, y, cobarde e intranquilo, la vigilaba en los momentos en que Fanny se creía estar a solas.

¡Pobre muchacha! La vi muchas veces tirarse llorando sobre un diván. Allí, espoleada por innobles deseos, se revolcaba frenética. Ya enloquecida se desnudaba en un instante, tirando con rabia las ropas, que salían de sus manos rotas y ajadas. Completamente desnuda, iba luego a ponerse ante el espejo, en el que se contemplaba largo rato, la vista extraviada y ardiente. Parecía una loca. Se frotaba nerviosamente las carnes y, deteniéndose deliberadamente en los pechos, se excitaba al placer con brutal deleite. Poco a poco se iba enardeciendo, hasta que, perdida toda la continencia, se golpeaba brutalmente en las partes más carnosas de su cuerpo.

Aquella pasión, lejos de calmarse, iba progresivamente en aumento.

Comprendiendo que mi intervención en tales momentos hubiera sido ineficaz y hasta contraproducente, nunca quise interrumpir estas locas expansiones de mi amiga. Seguía espiándola para saber hasta dónde llegaría en su insensato delirio.

Una noche estaba, como de costumbre, en mi observatorio espiando a Fanny.

De pronto se abrió la puerta del dormitorio y entró Gamiani.

Fanny la recibió con sorpresa y con alegría.

Gamiani

Muy buenas noches, querida Fanny.

Fanny

¡Oh, Gamiani!... No esperaba...

Gamiani

Ya sé, ya sé que no me esperabas. Huyes de mí, no quieres verme y he tenido que ingeniarle para lograr la dicha de hablarte. Me he valido de la astucia para alejar a tus criados y aquí me tienes.

Fanny

No comprendo la terquedad que ponéis para intentar lo que no podéis lograr. El que tantas veces me he negado a recibir vuestra visita es buena prueba de que no quiero que se repitan los horrores de una noche que ya no podré olvidar. Lo mejor es que salgáis para evitar un escándalo.

Gamiani

He venido resuelta a todo y ya no retrocederé. ¡Fanny, no puedo más! Mi deseo es superior a mi voluntad de obedecerte. Comprendo que me odias, sé que mi presencia te enoja, y, sin embargo, no me iré.

Fanny

¿Pero qué es lo que pretendéis? ¿Mancharme de nuevo? Pues bien no lo conseguiréis. Gritaré, haré cuanto sea preciso para evitar vuestra lujuria.

Gamiani

Ya te he dicho que he tomado mis precauciones. Estamos solas. He alejado a tus sirvientes; he cerrado la puerta y he tirado la llave por la ventana. No podrás huir de mí. Eres mía.

Fanny

¡Por favor, no me toquéis! Me dais miedo. El recuerdo de aquella noche me ha quitado muchas horas de sueño y me ha hecho verter muchas lágrimas... ¡Dejadme!... ¡No quiero!

Gamiani

Toda resistencia será inútil. Serás mía. Soy la más fuerte y el amor que te tengo aún duplicará mis fuerzas.

Fanny

¡Tenga piedad!

Gamiani

¿Qué te pasa? ¿Tiemblas? ¿Te doy miedo? ¡Dios mío! ¿Te encuentras mal? ¿Por qué palideces? ¡Oh, pobre Fanny! Perdóname. Yo no quiero violentarte; quiero que me ames como te amo yo. Yo te juro, pequeña mía, que no soy mala. No, no; soy buena y quiero probarlo. Déjame que te abrace y que te bese. Sólo quiero tu alegría, tu felicidad bien ganada entre mis brazos. ¿Por qué te desmayas? Ven, y que el calor de mis besos devuelva la vida a este cuerpo que tanto quiero.

Fanny

Acabaréis por hacerme sucumbir. ¡Dios mío! ¿Por qué habéis venido? ¡Salid; me dais miedo!

Gamiani

¿Miedo? ¿Por qué? Todavía soy joven y no he dejado de ser hermosa. Todos me hablan continuamente de mi belleza y mi corazón está inflamado de amor por ti. ¿Por qué me rechazas? Yo vengo sedienta de placer a ofrecerte, para hacerte feliz, todo el fuego de esta sangre italiana que corre por mis venas abrasándolas. Te juro que nunca encontrarás entre los hombres a un amante cuya pasión pueda ser comparada con la que yo siento por ti. Los hombres valen poco para el amor: al tercer combate quedan

aniquilados. Si hay alguno que, por alarde de imprudente, llega al cuarto asalto, cae rendido, y este último y ya forzado placer le deja inerte por mucho tiempo. Yo, en cambio, cuanto más lucho, más fuerte me encuentro para el siguiente combate. Yo soy ardiente e inagotable y puedo procurar un placer sin límites. Yo soy, bien lo sabes, cariñosa e invencible. ¡Soy el amor que mata!

Fanny

¡Basta, por favor, basta!

Gamiani

Pídeme lo que quieras; pero no me digas que te deje. No puedo. Escúchame, Fanny. Te he deseado durante muchos días, y hoy vengo a realizar mi deseo. ¡Si supieras cuánto he soñado este momento! Contemplar y tocar nuestras carnes desnudas: admirarnos mutuamente jóvenes y hermosas; temblar de placer; dar y recibir la felicidad; acariciarnos, besarnos, confundirnos, entregarnos a un tiempo nuestros cuerpos y nuestras almas, temblando de dicha, suspirando de placer, gritando con frenesí. ¡Qué ventura, Fanny mía!

Fanny

¡Tenga piedad de mí! Quiero rechazaros y no puedo; quiero defenderme y me faltan fuerzas. Me fascinan vuestras miradas, vuestras caricias y vuestras palabras.

Gamiani

¡Sigue!... ¡Háblame así!... Con cariño, tutéame.

Fanny

Pues bien, sí. Quiero alejarme de ti y no puedo. Penetras en mi carne, entras en mis entrañas como un veneno. Comprendo que tu pasión es horrible, y siento que también a mí me enloquece. Quisiera odiarte... y te amo.

Gamiani

¡Oh, boca amada! Repite otra vez que me amas. ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Cómo recrean mis oídos estas dos breves palabras pronunciadas por tus adorables labios!

Gamiani estaba inmóvil y extremadamente pálida, arrodillada ante su Fanny. Los enormes ojos de la condesa se fijaban en las blancas carnes de su amiga, como si quisiera acariciarlas con sus miradas. A un mismo tiempo era Gamiani sublime y despreciable en aquel éxtasis en que estaba sumida, como si la cólera divina la hubiese herido de pronto, convirtiéndola en una estatua de mármol.

Fanny

¡Sí, Gamiani, sí, te amo con locura! ¡Te adoro con todos mis sentidos! ¡Te necesito, te deseo! ¡Me harás morir de felicidad!

Gamiani

¿Qué dices, muñeca mía? ¡Por fin soy dichosa! Tu cabellera de oro presta a mis dedos la suavidad de la seda. Tu frente es blanca y fresca como un lirio. Toda tu carne es blanca, satinada y perfumada. ¡Extraña criatura! Eres un ángel y estás vivificada por la lujuria. Desnúdate: quita todos esos estorbos que impiden que yo te bese en las partes más amadas de tu cuerpo. Quiero hacerte mía pronto. Imítame; rompe esa cinta. Mira con qué rapidez me he desnudado yo.

Fanny

Ayúdame; mi impaciencia es ya tan grande como la tuya.

Gamiani

¡Oh, qué hermosa eres sin recatos y sin velos! Aún descubro en ti nuevos encantos. Tu cuerpo me deslumbra. ¡Espera un poco! Sigue en pie para que yo admire tu cuerpo. ¡No te vayas, deja que te bese hasta saciarme esos pies, esas rodillas, ese pecho y esa boca! Bésame tú a mí también. ¡Apriétame, más, más todavía! ¡Así, reina mía, así! ¡Dame tu cuerpo! ¡Qué felicidad!

Los cuerpos de las dos mujeres se habían unido no formando más que uno.

Sólo las dos cabezas estaban separadas y las dos perversas se miraban con inefable ternura. Poco a poco los ojos fueron adquiriendo brillantez de fuego, al propio tiempo que se iban encendiendo las mejillas. Los rojos labios se juntaban de cuando en cuando, temblando de tanta dicha.

Llegó hasta mí un gran suspiro, que luego fue correspondido con otro aún más agudo. Siguieron otros quejidos de diversa entonación, que luego fueron ahogados por gritos entrecortados. Un instante después las dos mujeres estaban inmóviles y calladas como si estuvieran muertas.

Fanny

¡Qué feliz me has hecho!

Gamiani

También yo he gozado como nunca. A un mismo tiempo he bebido de tus labios toda la dulzura de tu alma y todo el encanto de tu cuerpo. Lo sentido me hace esperar una gran noche de amor. Echémonos en la cama, olvidémonos de todo y embriaguémonos de dicha.

Un instante después estaban en el lecho.

Fanny, obediente a todas las indicaciones de su amiga, estaba tendida en desmayo voluptuoso, como una gatita en celo.

Gamiani, de rodillas e inclinada sobre el adorado cuerpo, contemplaba la cálida carne con ojos codiciosos y escrutadores.

No tardó en entablarse otro combate.

Se oye el chasquido de los besos, se reanudan las caricias, y las manos, diestras y ágiles, buscan con creciente empeño las caricias excitadoras.

El rostro de Fanny descubre claramente su deseo, pero aceptando taimada su papel pasivo de hembra violentada, espera los asaltos de Gamiani.

Estos no se hacen esperar.

Un segundo después, los dos cuerpos, enardecidos y briosos, hacían crujir el lecho, en un empeño lúbrico igualmente sentido y exteriorizado de llegar pronto al final de la lujuriosa lucha.

Su pasión, a fuerza de ser frenética y brutal, adquiría caracteres sublimes.

Yo me vi pronto contagiado por la abyección del cuadro que contemplaba. El absurdo e insensato deleite de las dos mujeres acabó por acicatear mi lujuria.

Inútilmente quise razonar y dominar mi brutal instinto; cuanto más me obstinaba en despreciar a las dos tríbadas, más se

trastornaban mis sentidos.

No pudiendo acometer a las dos perversas, me encontraba enardecido y furioso, como fiera en celo que contempla a su hembra a través de los hierros de la jaula que inútilmente quiere romper.

Como un idiota estaba inmóvil, sin abandonar mi observatorio.

Cuanto mayor era mi tormento, mayor era el deseo que sentía de seguir contemplando las lúbricas escenas que habían despertado mi lujuria.

Temí perder la razón, y hubo un momento en que mis uñas se clavaron en la pared que me impedía ir a saciar mis deseos.

Mi respiración se hacía fatigosa, y el corazón latía con violencia en la estrecha cárcel de mi pecho.

En un momento de furia empuñé con rabia mi virilidad brutalmente enarbolada y despierta, y la agité en acompasados movimientos. De mis entrañas brotó esencia de mi vida en un chorro abundante, que era como un rocío de fuego.

Poco faltó para que rodara por tierra, aniquilado por aquel deleite súbito y terrible, que me rindió sin aplacar el ardor de mis deseos.

Repuesto de la brutal impresión, me sentí enervado y aturdido.

La cabeza me daba vueltas; me zumbaban los oídos.

Iba a dejar de mirar por el agujero del tabique, cuando llegó a mis oídos un suspiro de Fanny.

Me quedé clavado, como si me retuviese allí el demonio de la carne.

Mis dedos se empeñaban inútilmente en reanimar la extinguida potencia; estaba rendido y, sin embargo, mis ojos no se cansaban de contemplar el espectáculo que me había puesto en aquel estado.

Las dos mujeres habían adoptado nueva postura.

Gamiani cabalgaba hombrunamente a su amiga y, mezclados los tupidos vellos de sus órganos, buscaban con igual empeño llegar al placer final en un roce frenético de sus carnes. Sólo el ansia del placer podía prestar a las dos mujeres el vigor con que se acometían en el lúbrico combate. Parecía como si quisieran desgarrar sus carnes para penetrar cada tríbada en el cuerpo de la otra.

Fanny, con la respiración agitada:

—¡Ya! ¡Ya!... ¡No puedo más! ¡Me muero! Sigue tú sola.

¡No me dejes! ¡Tú también! ¡Por piedad, pequeña mía, no me dejes! ¡Un poco más! ¡Muérete! ¡Empuja, empuja! ¡Ay!

Las dos suspiraron largamente.

La cabeza de Fanny cayó pesadamente, cerca de la de Gamiani, quien, fuera de sí, mordía y mascaba los cabellos descompuestos de su amada.

Yo oía sus quejidos y veía sus lúbricos movimientos y sin necesidad de manipulaciones vergonzosas llegué con ellas al delirio de la voluptuosidad.

Fanny

¡Estoy muerta! Te he dado toda mi sangre; pero he sido muy dichosa.

Gamiani

Cuanto más se tarda en recorrer el camino, mayor es el placer que se disfruta al llegar.

Fanny

Acabo de comprenderlo. Cerca de cinco minutos he estado en un vértigo inefable. Todo mi cuerpo se estremecía; el contacto de tu fino vello con mi piel me producía un ansia que anhelaba satisfacer. Hasta hoy no he sabido realmente lo que es gozar.

Gamiani

Aún te reservo nuevos placeres. Yo soy maestra de amor.

Fanny

Eso quería decirte. ¿Cómo, siendo tan joven, has podido adquirir tanta experiencia y tan soberana habilidad? Por la sola intuición no se saben estas cosas: yo, cuando menos, no había sospechado nunca la posibilidad de conocer estos placeres. ¿Cómo has llegado a sentir esa pasión que me domina y que, en ocasiones, me da miedo? ¿Dónde y cómo has adquirido tanta destreza?

Gamiani

¿Quieres conocer mi vida? Yo te la contaré con gusto. Es preciso que nos conozcamos bien. Óyeme, pero muy cerquita. Júntate a mi pecho y cruza bien tus piernas con las mías. Así, muy apretadas y

queriéndonos. Te contaré mi vida en el convento. Estos recuerdos nos enardecen y nos darán nuevos bríos.

Fanny

Te escucho con deleite y curiosidad.

Gamiani

Antes de empezar, un beso.

Fanny

Cuantos me pidas, Gamiani mía.

Gamiani

Ahora escucha. Ya recordarás el suplicio a que me sometió mi tía para satisfacer su lujuria.

Cuando me di cuenta exacta de todo el horror de su miserable conducta, me procuré los documentos que me aseguraban mi fortuna, tomé mis alhajas y algún dinero y, aprovechando una ausencia de mi despreciable parienta, huí de su casa a pedir asilo al convento de las Hermanas Redentoras.

A la superiora debió impresionarle mi juventud, y quizá también mi aspecto tímido; lo cierto es que me recibió con cariño.

Alentada por sus amables palabras, le referí cuanto con mi tía había ocurrido, y acabé suplicándole que no me abandonase. Mi relato pareció impresionar a la religiosa.

Enternecida, me estrechó entre sus brazos y me llamó «hija mía» repetidas veces. Estas pruebas de amor me causaron gran efecto.

Siempre con el mismo tono maternal, me habló la superiora de que el convento sería para mí el retiro tranquilo y seguro que necesitaban mi juventud inexperta y mi estado de ánimo.

Volviendo luego a las causas que me habían determinado a alejarme de mi tía, me habló la religiosa del peligro que representaba en el mundo el contacto con los hombres, a los que dedicó palabras poco lisonjeras, repitiéndome con insistencia que debía mirarlos con asco y tenerlos por enemigos.

Terminó con una sentida exhortación piadosa, que me sonó como dicha por una santa.

Para que de momento no me fuese penosa la vida conventual, se acordó que no me separase de la superiora y que, en los primeros

días, durmiese en la misma celda.

La primera noche me dejó dormir, después de hechos unos cortos rezos.

La segunda noche me habló familiarmente de la vida «seglar», como ella llamaba a la vida que se hace fuera del claustro.

Varias veces interrumpió su conversación para quejarse de frío.

Advertí que, en efecto, estaba inquieta y que no dejaba de agitarse en el lecho, como si hubiera en él algo que la molestase.

Acabó por suplicarme que me pasase a su cama, para ver si mi cuerpo joven y bien alimentado la hacía entrar en calor.

Obedecí sin vacilar.

La superiora estaba completamente desnuda.

—Sin camisa —me dijo— se duerme mucho mejor.

Me pidió que hiciese la prueba.

Por obediencia me quité la camisa.

Tan pronto estuve sin ropa, la religiosa me puso una mano sobre el pecho y exclamó:

—¡Hija mía, echas fuego! ¡Qué piel tan suave! ¿Cómo se atrevieron aquellos bárbaros a martirizar este cuerpecito? Debiste de sufrir mucho. Ahora que tenemos tiempo me gustaría que me contaras con detalle todo lo que te hicieron. ¿Se atrevieron a pegarte?

Referí de nuevo la historia de mi tormento, viéndome obligada a detenerme para detallar en las particularidades que parecían interesar más a mi superiora.

Ella era toda oídos, como suele decirse, y con tanto afán me escuchaba, que frecuentemente se enardecía con mi relato. Eso lo comprendo ahora; en aquellos momentos yo no veía más que una compasión, que agradecía, en la curiosidad con que me obligaba a detallar y en los estremecimientos que yo pensaba causados por la impresión que le producía el relato de mis labores.

—¡Pobre niña! ¡Pobrecita! —decía la religiosa, abrazándome con fuerza.

Sin darme cuenta fui poco a poco cambiando de sitio, hasta encontrarme echada sobre la superiora.

Al sentir mi cuerpo, subió sus piernas hasta atenazarme por los riñones. Al mismo tiempo sentía el calor de sus fuertes pantorrillas, descansando en mi cintura y los apretones de sus brazos, que

rodeaban mi cuello.

Por todo mi ser se extendía un calor penetrante y tibio.

Sentía yo un inexplicable bienestar, una inefable sensación que parecía inundar mi carne y mis huesos, en una exudación de amor, tibia como la leche recién ordeñada.

—¡Qué buena sois conmigo! —dije agradecida de tanta ternura—. Por momentos advierto que os cobro gran amor. ¡Soy tan dichosa a vuestro lado!

Me besó con verdadero afán.

Yo, a mi vez, le devolví centuplicada la caricia y durante largo rato nuestros labios ardientes estuvieron muy unidos.

Sin poder contenerme, exclamé:

—¡Os quiero con toda mi alma! No sabré explicar qué es..., pero siento gran placer.

La mano de la religiosa no había dejado de moverse con destreza, acariciándome con acompasada lentitud.

Al propio tiempo su cuerpo se movía casi imperceptiblemente bajo el mío. El vello áspero y abundante de la superiora se entremezclaba con mi fino y escaso vello, produciéndome unas cosquillas gratas y excitadoras.

Todo mi cuerpo temblaba. Me besó la religiosa, se agitó con más viveza y yo advertí un indecible placer.

Quedé un momento desfallecida, pero me repuse luego y, deseosa de sentir de nuevo el deleite ya gozado, me tendí sobre la monja, buscando el mayor contacto posible de nuestros cuerpos.

Tomando resueltamente la iniciativa, cogí la mano de mi compañera y la llevé a las mismas partes que ella había excitado antes espontáneamente.

Mi enardecimiento despertó el de la superiora. Fuera de sí, se mostró enloquecida de lujuria.

Durante largo rato entablamos un combate de caricias, en el que ninguna de las dos queríamos quedar vencidas. A cada beso de amor, respondía otro de fuego; cada abrazo era pagado con cien abrazos.

El cuerpo de la monja se agitaba con destreza y con vigor. Era una mujer infatigable y diestra. ¡Qué flexibilidad la de aquel cuerpo!

Acoplando sabiamente sus partes a las mías, me hacía sentir el

contacto de sus labios, de sus pechos y de sus piernas. A cada movimiento correspondía una sensación, cada caricia era una habilísima y excitante preparación, un anticipo deleitoso y prometedor del placer final.

Durante largo rato estuve como embelesada. Yo quería corresponder cumplidamente a sus caricias; pero era inútil mi empeño, porque cada beso mío era pagado con una lluvia de abrasados besos que mi maestra en el goce me repartía de la frente a los pies.

Sentía una impresión igual a la que me producían las anteriores maniobras.

Su inconcebible actividad para la lucha amorosa me enardecíó de un modo que no sabría describir. ¡Ay, mi Fanny adorada, si nos hubieras visto en aquellos momentos de arrebató; si nos hubieras admirado a un mismo tiempo jadeantes y enardecidas, hubieras podido darte cuenta hasta qué punto llega el acicate del deseo en dos mujeres que se adoran!

Un momento después de haber quedado rendidas tras uno de estos combates, mi compañera me tomó la cabeza con ambas manos y la puso entre sus muslos.

Adiviné su deseo, y animosa por complacerla, comencé a mordisquear suavemente las partes más excitables.

La obra no respondió a mi deseo; sin duda me mostré inhábil.

Quiso entonces mi maestra darme una nueva lección de liviandad, y desprendióse sin violencia, resbaló bajo mi cuerpo hasta quedar convenientemente colocada. Me separó suavemente las piernas y me atacó con la lengua.

¡Oh, qué delicia, mi Fanny! Como un agudo estilete aquella lengua de fuego penetra en mí; se retira un instante para penetrar de nuevo; se agita, punza, se estrecha, se mueve incansable y viril buscando las partes más escondidas y procurándome en todas un picor que me enloquece.

¿Cómo explicarte mi dicha?... Agitándome y retorciéndome, iba ofreciendo a su lengua aquellas partes en que más gustaba ser cosquilleada, y ella, respondiendo diestra y sumisa a mis inconscientes incitaciones, iba aguardando el momento del espasmo.

Todas mis partes fueron nuevamente acariciadas. Había

instantes en que, enardecida y agotada, quería yo huir de aquella lengua que lamía y de aquellos finos dientes que me mordisqueaban con tanto amor; pero era inútil la defensa, porque la lengua, incansable, me seguía persiguiendo, produciendo siempre un deleite más intenso.

Yo te juro, Fanny, que de este modo sólo es posible gozar una vez en la vida. ¡Toda mi sangre era fuego, el corazón se me saltaba del pecho! Fue tan intenso el placer, que me quedé exhausta y seca; pero fui feliz.

Ahora mismo, recordando aquellos momentos de placer, siento de nuevo un afán devorador. Mi sangre hierve y necesito el calmante de tus amadas caricias. ¡Quiero ser tuya otra vez! ¡Mátame! ¡Más fuerte! ¡Más! ¡Deprisa! ¡Ahora! ¡Basta, basta!... Yo me muero... ¡Basta!...

Fanny, sin atender a las súplicas de Gamiani, seguía aferrada a su presa como una fiera famélica.

—¡Basta, chiquilla! —le repetía Gamiani—. ¡No puedo más! No te creía tan hábil. Se te contagia mi fuego.

Fanny

Habría de ser de hielo para no enardecerse a tu lado.

¿Qué hicisteis luego?

Gamiani

Aleccionada y agradecida devolví duplicadas sus caricias a mi maestra...

Desde aquella noche nos entregamos al placer sin ningún recato.

No tardé en saber que mis compañeras de convento eran tan lúbricas como yo, y que tenían un lugar secreto donde se reunían con frecuencia para entregarse a desfrenadas orgías.

Solía empezar la bacanal a la hora de «Completas» y no acababa hasta la madrugada.

La superiora me habló en adelante con desvergonzada franqueza, y más de una vez me espanto con su cinismo, hasta hacerme ver en ella la encarnación del demonio.

Una noche me entretuvo largamente contándome cómo y por qué fue iniciada en la vida del placer. Es una historia graciosa que vale la pena de ser contada.

Era la superiora hija de un capitán de la marina mercante.

La madre, mujer honesta y devota, había puesto empeño en que su hija creciera prudente y pura, para lo que la había educado en los mismos sanos principios de la religión.

No pudo la educación, sin embargo, cambiar el temperamento ardiente de la niña.

A los doce años sentía ya deseos lúbricos irrefrenables, que trataba de satisfacer por cuantos artificios le dictaba su imaginación despierta.

La precoz perversa se agotaba entregándose noche tras noche a su insaciable pasión. Sus dedos la enervaban sin satisfacerla, y poco a poco fue perdiendo lozanía, color y vida.

Un día sorprendió el apareamiento de dos perros. Con lúbrica curiosidad observó cuanto hacían y no tardó en comprender que necesitaba ayuda ajena para encontrar cumplidamente el placer que en vano había pretendido encontrar en sus noches solitarias.

Esta enseñanza avivó su suplicio, porque luego se dio cuenta de que, viviendo en una casa retirada del centro de la ciudad y rodeada sólo de sirvientes fieles y viejos, no le sería fácil encontrar a un hombre de quien solicitar el servicio que el can había hecho gustoso a su compañera.

Pensando sin cesar en el mismo asunto, vino a deducir que, a falta de hombres, tal vez fuera posible encontrar algo que supliera, aunque de modo incompleto, la saeta roja y aguda que ella había visto penetrar en el cuerpo de la perra.

Por fin se le ocurrió que el mono es el animal que más se parece, físicamente, al hombre.

Se explica esta reflexión, porque el padre de la perversa tenía en casa un magnífico orangután.

Para apreciar la exactitud de su suposición, fue la niña a examinar la conformación del animal.

Fue el examen largo y minucioso, y excitado, sin duda, el orangután por la presencia de la muchacha, puso bien de manifiesto, tentador y vigoroso, el miembro que descubría el sexo en que debía ser catalogado. Era macho, y bien provisto, por cierto.

La niña se dio por satisfecha; ya había encontrado lo que buscaba.

Sus sueños de muchas noches podían realizarse.

El hallazgo podía considerarse como doblemente venturoso, porque el orangután parecía adivinar el envidiable papel que querían que desempeñara.

Cuanto más veía a la niña, más enardecido se mostraba. Con los ojos clavados en la muchacha se agarró fuertemente a los barrotes de la jaula, sacudiéndolos con furia.

Aquel espectáculo acabó con el poco juicio que aún le quedaba a la joven, la que, arrebatada por su afán, separó uno de los hierros con fuerza increíble, dejando libre el espacio preciso para que el orangután se saciara a su placer.

Muy cerca de ocho pulgadas de virilidad, encendida y dura puso la bestia al descubierto.

La muchacha vaciló un momento, pero tentada de nuevo por el demonio de la lujuria, levantóse resueltamente las faldas y ofreció su cuerpo virginal al ariete agudo y amenazador.

La lucha fue breve.

Después de tres o cuatro golpes infructuosos, el orangután afina la puntería con destreza igual o superior a la del hombre más hábil.

La niña fue brutalmente desdoncellada por aquella bestia innoble.

El dolor y el placer se siguen tan de cerca, que casi se confundieron: un «¡ay!», anuncio del cruento sacrificio y un «¡ah!», suspirado profundamente, delator del goce sentido.

La madre oye el grito y el suspiro, y acude, solícita y asustada, para conocer la causa. La pobre señora estuvo a punto de perder la vida al encontrarse a su hija ensartada por el mono y en actitud que probaba que había sido espontáneo y gustoso el sacrificio.

Fanny

¡Lindo espectáculo!

Gamiani

Para curar a la niña de su afición probada a los orangutanes en celo, se la hizo entrar en un convento.

Fanny

¡Fue buen remedio! Menos hubiera perdido dejándola entre cien orangutanes.

Gamiani

Como yo era lujuriosa, solicité ser iniciada en los misterios de las bacanales del convento.

Acordada mi admisión, se me inició con toda solemnidad.

Fui presentada desnuda, como era de ritual; presté el juramento de rigor y para dar remate a la ceremonia me procuré el espasmo a la vista de mis compañeras con un enorme falo de madera que se destinaba a este oficio.

Apenas acababa la dolorosa consagración, todas las hermanas se arrojaron sobre mí aullando de lujuria.

Hice cuanto ellas quisieron. Tomé las posturas más indecorosas; bailé una danza obscena y quedé al punto admitida en la comunidad.

Una hermana joven y vivaracha me tomó por la mano y me llevó a su celda.

Era la mujer más insaciable que he conocido. Esta particularidad hizo que yo le tomase gran afecto, y la adopté como compañera para todas nuestras bacanales nocturnas.

Fanny

¿Dónde celebrábais las orgías?

Gamiani

En un salón artísticamente adornado con la más desenfrenada lubricidad.

Se entraba en él por dos grandes puertas, cubiertas por sendos tapices de gran riqueza.

Habían cubierto las paredes con valiosas piezas de terciopelo azul oscuro encuadradas por listones de limonero artísticamente tallados.

En dos paredes frontales se habían colocado, con endemoniada habilidad, sendos espejos de gran tamaño, que copiaban y reproducían los lúbricos grupos que formaban las monjas, entregadas sin ropa alguna a sus juegos perversos y a sus actos de lujuria.

Por todas partes se veían grandes y blancos cojines y amplios divanes invitando a los combates eróticos.

Nuestros pies descalzos encontraban suave deleite pisando la gruesa alfombra de fina felpa, en la que se habían representado, con

profusión de colores, escenas lúbricas capaces de enardecer los deseos apagados.

Igualmente eran en extremo licenciosas las pinturas del techo, hechas, sin duda, por mano hábil. Recuerdo de aquellas figuras a un grupo que representaba a una lúbrica bacante entregándose complacida a un viejo sátiro. Nunca pude ver esta figura sin sentir indomable afán de gozar yo el placer que la bacante delataba sentir en su actitud y en su modo de mirar voluptuoso.

Fanny

Debía ser delicioso entregarse ahí al placer.

Gamiani

Agrega al lujo del decorado la embriaguez que producía el aroma de millares de flores tiradas por todas partes, la temperatura tibia y la luz suave y misteriosa, que parecía caer poco a poco de seis lámparas de alabastro.

Todo contribuía a excitar los deseos.

Te he precisado los detalles, pero no sabría describirte el inefable gozo que se sentía en aquel salón, que tenía todo el encanto sensual de los palacios de Oriente.

Fanny

¡Oh, sí que debía ser delicioso pasar allí las noches al lado del ser amado!

Gamiani

El Amor hubiera elegido para templo aquel lugar, si la repugnante bacanal no lo hubiese convertido en pieza del más asqueroso burdel.

Fanny

Sigue contando.

Gamiani

Al dar las doce entraban las monjas en el misterioso salón. Todas iban cubiertas únicamente por unas túnicas negras, que más que para taparlas servían para poner más de manifiesto la blancura de sus carnes.

Iban descalzas y con el cabello destrenzado y suelto.

Ante todo se servía una abundante y refinada comida.

A una señal de la superiora daba comienzo el banquete.

Los gustosos platos y los aromáticos vinos eran consumidos con gula.

Poco a poco iban adquiriendo color y vida los ojos de aquellas mujeres perversas, agotadas por el vicio.

Los vapores de los vinos y las salsas bien cargadas de afrodisíacas especies, enardecían la sangre y trastornaban las cabezas.

Las conversaciones iban subiendo de tono hasta convertirse en atronadora charla, en la que sólo se oían palabras indecorosas, alusiones a otros placeres gozados y requiebros indecentes. La más enamorada o la más borracha de las monjas iniciaba los asaltos besando, lúbrica, a la compañera que deseaba.

Las demás la imitaban enardecidas.

En un momento quedaban formadas parejas, que se entregaban luego al placer, o se enardecían con frenéticos abrazos.

Las palabras de amor y el estallido de los besos se mezclaban incesantemente con los suspiros de dicha o con los entrecortados ayes de abatimiento.

A medida que avanzaba la noche, el desenfreno de las monjas iba subiendo de punto. Las mejillas y los pechos eran considerados como campos insuficientes para las alocadas caricias. Excitadas y afanosas de placeres más intensos, todas se despojaban de sus túnicas para ofrecerse mutuamente como incitadoras de toda voluptuosidad, sin excluir ninguna abyección.

El cuadro era hermoso, a pesar de su sensualidad brutal. Por todas partes se veían parejas enlazadas, y aun grupos más complicados, en los que aparecían confundidos y amorosamente abrazados cuerpos femeninos, tomando todos indescriptibles posturas de inefable voluptuosidad.

Cuando el placer conseguido rendía a una pareja, las dos mujeres se separaban un momento, como para tomar nuevas fuerzas. No queriendo ninguna de las dos viciosas darse por extenuada y vencida, se desafiaban con la mirada invitándose retadoras a una nueva lucha. Para adelantar el asalto, se adoptaban las más extrañas posturas, inspiradas por un instinto perverso. El reto causaba pronto el efecto. Una de las provocadas, ya

enfebrecida su sangre, se arrojaba sobre su compañera de abyección y, forzándola suavemente, daba luego con ella en tierra. Este arrebató gustoso y deseado, era recompensado en seguida con un diluvio de caricias esperadas. La vencedora se arrojaba sobre su presa buscando ansiosa con sus excitados labios el recóndito nido del placer para devorarlo a besos.

Generalmente esos ataques eran bien correspondidos. Ya éramos todas maestras en esas luchas y sabíamos colocarnos de tal suerte, que al propio tiempo dábamos y recibíamos el mismo placer. Las dos cabezas iban a perderse entre los muslos de la compañera amada y los dos cuerpos no formaban más que una sola masa que no cesaba de agitarse y retorcerse convulsivamente, y de la que partían continuamente hondos suspiros ahogados. De pronto un doble grito daba a entender que las dos hembras habían llegado al espasmo con igual deleite y al mismo tiempo.

Muchos días nos sorprendió la luz del alba rendidas de placer y buscando nuevos goces. Cuando ya nos parecía estar definitivamente agotadas, sin aliento para procurarnos nuevos placeres, la contemplación voluntaria de una pareja entrelazada y gozosa nos excitaba otra vez y volvíamos al combate como si de repente recobráramos todo el vigor.

Fanny

¡Cuántas locuras!

Gamiani

Aún no te lo he dicho todo.

Nuestros recursos para procurarnos placeres variaban hasta lo infinito.

Como no teníamos a un hombre que nos procurara el deleite normalmente, recurríamos al ingenio para idear los más absurdos artificios.

Nuestra perversión no tenía límites.

No acabaría nunca si hubiera de referirte todos los recursos que ideábamos.

Todos los objetos servían para darnos placer, y gran número de drogas y un gran número de procedimientos mecánicos se utilizaban con éxito para despertar los sentidos cuando comenzaban a dormirse.

Te diré uno solo de estos varios artificios, empleado cuando alguna monja quería dar nuevo vigor a sus gastadas fuerzas.

Se empezaba por dar a la amiga agotada como una nueva vida, metiéndola en un baño de sangre tibia. Luego se le administraba un cocimiento hábilmente preparado de cantáridas y se la llevaba a un lecho, donde se le friccionaba todo el cuerpo. Terminado el masaje, se la sumergía, con prácticas hipnóticas, en un profundo sueño y, cuando estaba traspuesta, se le estimulaba la circulación azotándola con fuerza. Después nos servíamos de alfileres para torturar sus carnes.

El largo suplicio la despertaba; pero, al recobrar el sentido, solía ser acometida por convulsiones frenéticas. El ataque solía durar hasta que se calmaban sus nervios, valiéndonos de un diestro perro que lamía con arte el sexo de la alocada.

En ocasiones este remedio era insuficiente, y entonces la pobre enferma pedía a gritos que le trajésemos el asno.

Fanny

¿Un asno? ¡Qué atrocidad!

Gamiani

Dos teníamos en el convento para estos casos. No era invención nuestra valernos de tales ayudadores. Las matronas romanas solían valerse de asnos para satisfacer su lujuria en sus locas saturnales.

La vez primera que me valí yo de estos instrumentos, estaba ebria. Resueltamente me eché en el banquillo que hacía de lecho en esos apareamientos bestiales. Las otras monjas hicieron entrar al burro, castigándole con recias correas. Ya en la estancia, las hermanas excitaron diestramente el asno, acariciándole con las manos. El miembro rígido y recio me golpeaba en el vientre lentamente.

Empuñé sin temor la terrible arma, y esperé que le untasen en toda su gran extensión con una pomada lubricante. Luego comencé la introducción, ayudando eficazmente con acompasados y briosos movimientos. No tardé en introducir en mi cuerpo cinco pulgadas del grueso miembro, que me quemaba como si fuese de fuego.

Quise, ambiciosa, introducir unas pulgadas más, y caí desvanecida. Sentí un agudo dolor, como si una lanza me hubiese

desgarrado las entrañas. El asno, ya bien excitado, se movía brutalmente, produciendo un roce tan violento, que me arrancaba gritos de irresistible dolor.

Pero el tormento fue luego recompensado con creces. Llegué al espasmo, y mis muslos se inundaron de un líquido tibio, en que iban mezclados licor del asno y sangre mía. ¡Oh, qué placer tan intenso! En los últimos transportes lúbricos había logrado introducir dos pulgadas más del miembro. Ninguna de las hermanas había logrado tanto. Todas mis rivales quedaban así vencidas.

Fanny

¿Por qué saliste del convento?

Gamiani

Una noche de orgía ideamos convertimos en hombres colocándonos miembros rígidos y admirablemente remedados. En una lucha alocada nos embestíamos unas a otras, tratando de ensartarnos con nuestras armas prestadas. Una monja muy traviesa ideó que formásemos entre todas una cadena. A mí me tocó formar la última y era, por consiguiente, la única que hería sin ser herida. Calcula mi sorpresa cuando súbitamente me sentí acometida por un hermoso miembro vivo que no era de artificio como el que utilizaba para acometer a mi compañera. Mi acometedor era un hombre que, valiéndose de medios que aún ignoro, había logrado entrar en el templo de nuestras orgías.

Di un grito de espanto al sentirme cabalgada por aquel hombre desnudo. Todas las monjas se alborotaron y fueron a caer sobre el audaz intruso.

A todas se les ocurrió al mismo tiempo que, ya que la ocasión se presentaba, sería bueno acabar de verdad lo que había comenzado por un pobre simulacro.

El intruso comenzó con bríos; pero bien pronto se sintió impotente para satisfacer los deseos de tantas mujeres alocadas y lujuriosas.

Daba verdadera lástima verle abatido y como idiotizado con su ya inservible miembro, flácido y escurrido como una piltrafa.

Cuando me tocó a mí el turno, tuve que recurrir a todas mis artes para reanimar aquel miembro falto de todo vigor. Mis labios, bien aplicados sobre el miembro muerto, hicieron el milagro de

devolverle la vida. Cuando le vi reanimado me senté orgullosa sobre aquel cetro que tan diestramente acababa de hacer mío, y de este modo di y recibí un gran placer.

Aquel esfuerzo acabó con los bríos del intruso, y ya fue inútil cuanto se hizo para darle un nuevo ardor.

Cuando las hermanas se dieron cuenta de que ya el agotamiento era irremediable y definitivo, tomaron una determinación cruel. Temerosas de que el desconocido descubriera lo que había visto en el convento, acordaron las hermanas darle muerte, enterrando su cuerpo en una cueva donde no era posible que fuese descubierto por nadie.

En vano argumenté para disuadir a las monjas de su criminal propósito. El temor de que se perdiera la fama de aquella santa casa las cegaba, no dejándolas ver la gravedad de lo que hacían.

Con una de las cuerdas que servían para sostener las lámparas se hizo un nudo corredizo. El intruso fue ahorcado sin compasión.

Yo aparté la mirada para no ver el horrible espectáculo.

La ejecución tuvo aún una segunda parte.

Repitiéndose un hecho que es frecuente en los que mueren por estrangulación, al mismo tiempo que el infeliz ahorcado expiraba, su miembro se alzó rígido con gran sorpresa de las monjas, que desconocían el fenómeno mecánico a que esta erección macabra obedecía.

A la vista de aquel miembro, la superiora, enardecida por aquel alarde de póstuma virilidad, sube sobre un escabel y, entre los aplausos y los gritos de las demás hermanas, se aparea con el muerto.

El trágico desposorio tuvo un desenlace horripilante y brutal.

No pudo la delgada cuerda sostener el peso de los dos cuerpos y el muerto y la superiora cayeron al suelo pesadamente. La mujer se rompe dos o tres huesos y el ahorcado, cuya estrangulación no había sido completa, vuelve a la vida, y se arroja enloquecido sobre su infeliz pareja con el propósito de estrangularla.

Todas las monjas huyeron llenas de espanto bien seguras de que el mismo Satanás había acudido aquella noche a participar en sus orgías.

Sólo la superiora quedó en la sala, dolorida por el golpe y en trance de dejar la vida entre las manos del resucitado.

Yo, temerosa de las consecuencias que había de tener seguramente lo ocurrido aquella noche, me di buena prisa en ponerme a salvo, escapando por la tapia de la huerta.

Me fui a Florencia, país de amor.

Allí inspiré una gran pasión a un sir inglés, joven y rico.

Eduardo, que así se llamaba, era soñador y vehemente.

Yo, que estaba hastiada de placeres brutales, vi con placer que mi alma despertaba los sentimientos nobles y dulces de un amor.

Empezó entonces para mí una nueva vida, en la que saboreé todas esas ansias vagas e inefables que dan la verdadera dicha y hacen sabroso el encanto de vivir.

Mi corazón se dejó vencer suavemente por la misma pasión que dominaba al hombre, a quien miraba como a un tesoro.

Por mi gusto aquel delirio hubiese durado siempre; la sola idea del placer grosero me sublevaba, y más de una vez lloré sinceramente por no ser pura como yo hubiera querido para ser por completo digna de mi amado.

Eduardo fue el primero que se dejó vencer por la pasión.

Extremosa en todo, fui tan ardiente en el amor ideal como antes lo había sido en las pasiones bastardas.

Para mí, Eduardo era como un dios; su voz sonaba en mis oídos como una música; el brillo que brotaba de sus ojos penetraba por los míos para llegar al fondo de mi alma, inundándome de luz y de alegría.

Cansado, sin duda, de un platonismo que debió juzgar necio, no tuvo fuerza para vencer la tentación. Un día me encontró dormida y me hizo suya, sin delicadeza, vulgarmente.

Yo desperté al impulso de sus brazos y de sus besos y, sin fuerzas ya para resistirle, participé de sus arrebatos de lujuria. Tres veces fui dichosa y otras tantas hice feliz a Eduardo.

Pero, ya pasado el momento de locura, vi claramente con pena que mi amado era un hombre tan débil y tan despreciable como los demás. Le miré con horror y me apresuré a huir de él.

Roto el pasajero encanto de unos días, reanudé mi vida de abyección. Volví a sentir de nuevo el imperio de la carne. Mi alma quedó muerta para siempre.

Fanny

¿Volviste de nuevo a las mujeres?

Gamiani

No; antes quise despedirme de los hombres. Para aborrecerlos para siempre, quise gozar aún con ellos todo el placer que pudieran darme. Aprovechando los servicios de una alcahueta me entregué a los hombres más potentes de Florencia. Un día llegué a ofrecer a Venus treinta sacrificios, sin quedar rendida. Otro día, me di el placer de rendir uno tras otro a seis atletas.

Aún hice más otra noche. Me encerré con tres mocetones fornidos con el propósito endiabrado de gozar de los tres al mismo tiempo.

Pedí al más fuerte y mejor provisto, que se echase boca arriba, y mientras disfrutaba de mi placer, bien clavada en su miembro formidable y rígido, fui soberbiamente atacada a la italiana por el segundo y al que quedaba le di tanto placer con mi boca, que gritaba y se retorció como un demente furioso. Todos llegamos al mismo tiempo al espasmo. Fácil te será comprender la intensidad de este excepcional y triple deleite. Aspirar con la boca la vida que brota en oleada caliente por un miembro enardecido que acaricias a tu antojo; beber con ansias las oleadas de acre y caliente licor de vida y al mismo tiempo verte regada por doble chorro que atraviesa de delante atrás y de detrás a delante.

Todos encontramos tanto placer que repetimos la lucha, hasta que mis compañeros quedaron extenuados.

Pronto me cansé de los hombres y desde entonces no me acicatea otro deseo ni comprendo otro placer que el que me proporciona el contacto de un cuerpo desnudo y frágil de una muchacha poco o nada conocedora del difícil y gustoso arte de la perversión. Mi gusto supremo es amaestrar a la ignorante, pervertir a la inocente descubriéndole un mundo de deleite segura de que la dicha he de dársela yo sola. Adorar una carne suave y blanca, darme a ella por entero, rendirla de goce y hacerla temblar de placer.

Fanny se agitaba inquieta. Hubo un instante en que se apretó a la condesa con tal fuerza que parecía como si quisiera adentrarse en ella.

Gamiani

¿Qué quieres? ¿Qué te pasa?

Fanny

Tus palabras, el recuerdo del placer en que tú me has iniciado, el contacto de tu ardiente carne me excitan y me vuelven loca. Se me ocurren cosas horribles y apetezco cosas verdaderamente monstruosas. En un instante, al mismo tiempo quisiera gozar todo lo que tú has gozado. Quisiera entregarme a ti como otras veces y al mismo tiempo comprendo que ya no me bastas tú para satisfacer estos deseos atroces. ¡Mi sangre echa fuego; mi cabeza da vueltas! ¡Creo que voy a volverme loca! ¡Gamiani, Gamiani mía, idea algo que esté en relación con este afán que yo siento! Apela a toda tu perversión, a toda tu maestría e inventa un placer intenso que no hayas gustado nunca. Toma mi cuerpo y hazlo para siempre y definitivamente tuyo. ¡Quisiera morir gozando! ¿No eres tú capaz de proporcionarme tanta dicha? ¡Por piedad, dueña mía, calma pronto este ansia de gozar!

Gamiani

Tranquilízate, pequeña. Me das miedo. Tu modo de mirar me asusta. Yo haré cuanto tú me pidas. ¿Qué quieres?

Fanny

Ya te lo he dicho, gozar. El recuerdo de tu boca hábil me enajena. Aquí me tienes, bebe mi esencia; toma mi sangre, devórame. Luego yo corresponderé a tu amor devolviéndote aumentadas las caricias. Mi lengua ardiente penetrará en tus entrañas. Yo procuraré que goces como no hayas gozado jamás.

Gamiani

Yo sabré satisfacerte, perversa mía.

Fanny

Me aturde el deseo del asno que desgarró tus carnes. Quisiera un miembro grande, descomunal, formidable, que destrozase mi cuerpo, aunque me diese la muerte.

Gamiani

¡Pobre cabecita loca! Yo te juro que nada echarás de menos. Mi boca es diestra y mi lengua es insaciable; pero si no te basta aún tendrás más. Como adivinando tus deseos, he traído el instrumento

de placer que pides.

Fanny

¿Es cierto?

Gamiani

Sí, míralo. Ya ves que bien puede reemplazar al miembro del asno más vigoroso.

Fanny

¡Es atroz! Deja que yo lo vea, que lo palpe. Yo misma quiero introducirlo y manejarlo yo... ¡Ay, ay!, es imposible; me destroza y no me haría gozar.

Gamiani

Porque tú no sabes manejarlo. Trae, yo te ayudaré. Tú no hagas nada; límitate a sufrir el ataque con decisión y valentía.

Ponte boca arriba. Deja que te desate el cabello... Así te encuentro más perversa y más hermosa... Abre las piernas; deja caer los brazos. Abandónate confiada.

Fanny

Ya me tienes lista a todo. A ti me entrego enloquecida. No me hagas esperar; cada momento de espera me parece un siglo de sufrimiento.

Gamiani

No te impacientes. Ten en cuenta mis consejos: sométete pasivamente a mis ataques. Procura, mientras yo espero, abismarte en un pensamiento de lubricidad. Aunque sean formidables mis embestidas, tú súfrelas sin moverte. Tú sólo has de pensar en el goce por la persuasión y por el cariño de mis besos sin devolvérmelos. Si te muerdo, si te destrozo, súfrela todo refrenando las exclamaciones de dolor como los transportes de deleite. Súfrela todo esperando para expresar todo tu contento y tu delirio, en un solo y formidable transporte, el final, el instante supremo; cuando las dos caigamos rendidas, enloquecidas por la dicha que buscamos. Yo te aseguro que ahora vas a comprender lo que es gozar.

Fanny

Te obedeceré. Ya estoy como embriagada; me duermo para sólo soñar contigo. Aquí me tienes delirante de deseos y aguardando la felicidad que ya creo adivinar.

Gamiani

Separa los muslos.

Fanny

¿Estoy bien así?... No, no; espera un poco. Esta posición será mejor.

Gamiani

Perversa hada, no tardarás en darme lecciones para el deleite.

Fanny

No me hagas esperar.

Gamiani

Déjame que te contemple un poco. ¡Estás tan bella en esa endiablada posición en que me muestras a la vez todos tus encantos adorables!

Fanny

Pues gózalos de una vez.

Gamiani

¡Impaciente! ¡Cómo me excita el afán que adivino en ti!

Fanny

Estoy furiosa. Te ruego, por Dios, que no me hagas sufrir más. ¡Empieza!

Gamiani

¡Oh, no! Esta espera irritada y furiosa es una delicia más. Apresurarnos a gozar el placer que te prometo sería convertir en un goce breve lo que debe ser una dicha duradera. Todo lo que ahora te atormenta el esperar, se convertirá después en placer.

Fanny

Ya no puedo más, Gamiani.

Ya enloquecida también Gamiani, se recoge con destreza los flotantes cabellos que la estorban. Luego se arroja frenética sobre el cuerpo de su amiga y, al mismo tiempo que lo cubre de besos apasionados, lo palpa ansiosa en las partes más sensibles. Los labios de la condesa van a buscar la abrasada boca de su amada. Fanny deja escapar un largo suspiro y Gamiani prolonga aquel dulce beso como queriendo aspirar todo el aliento de la otra hembra. Este diestro juego se repite varias veces. La condesa acomete y abandona alternativamente el hermoso cuerpo de Fanny. Los labios, la lengua, las manos de la condesa son incansables y diestros. Rápidamente van desde la frente a los pies, y en el vicioso cuerpo de Fanny no hay punto visible ni retiro misterioso que queden sin caricia.

A medida que la condesa se excita, va acentuando la intensidad de sus ardientes caricias. A los besos suaves y a las caricias cosquilleantes siguen luego los mordiscos atormentadores y gratos y los pellizcos excitadores.

De pronto, Fanny no puede sufrir el amoroso martirio y deja escapar un ligero grito de dolor. Gamiani acude presta con el remedio. Hundiendo la cara entre los muslos de Fanny, busca la lengua de la condesa el clítoris de su amada. Fanny se deja vencer y las dos hembras quedan un instante rendidas de placer. Gamiani vuelve presta a su labor sin separar su ardiente boca del cáliz del amor de Fanny, la que, excitada hasta el paroxismo, grita suplicante y angustiada.

Fanny

¡No puedo más! ¡Me matas!

Gamiani

¡Toma y recobrarás las fuerzas! Es un elixir de vida; bebe.

La condesa ofrece a Fanny un frasquito, después de apurar la mitad de su contenido.

Fanny, obediente, bebe ansiosa la otra mitad del líquido que la condesa derrama en la entreabierta boca de su querida.

—¡Por fin —dice Gamiani con júbilo—, ya eres mía para siempre!

Los ojos de la condesa están ahora animados por un brillo demoníaco.

Colocándose de rodillas entre los muslos de Fanny se sujeta, nerviosa, el falo descomunal que antes había mostrado a Fanny.

A su vista la muchacha se excita de nuevo y se mueve intranquila y codiciosa.

Gamiani empieza a operar con el brutal instrumento, y las carnes de Fanny se desgarran y se agitan.

En silencio sufre el tormento a que complacida se somete.

Un instante después de empezado el monstruoso simulacro se siente Fanny agitada por extraña convulsión. Salta y se agita en el lecho como una endemoniada.

Fanny

No sé qué siento. El licor que me has dado me está quemando las entrañas. ¡Me muero, pero soy tuya!

Gamiani, sin hacer caso de los gritos de Fanny, acentúa sus acometidas. El falo, enorme y rígido va penetrando en las carnes de la enloquecida Fanny. El brutal instrumento desgarrar y va penetrando entre oleadas de sangre.

Súbitamente Gamiani deja de acometer y de torturar a Fanny. Los ojos de la condesa se extravían; hace unas horribles muecas; sus miembros se retuercen con violencia y sus dedos crujen.

Adivino lo que ha ocurrido. Gamiani ha dado a Fanny, después de tomarlo ella, un enérgico veneno.

Horrorizado, corro a prestar auxilio a las dos mujeres.

Violento la puerta y entro asustado en la alcoba.

Fanny había ya expirado. Las piernas y los brazos de la desdichada niña estaban entrelazados con los de la condesa, que se retorció atormentada, luchando con la muerte.

Quise separar a las dos mujeres.

—No, déjanos —suplicó Gamiani con voz muy queda—. Esta mujer es mía. ¡Vete, déjanos solas con la muerte!

—¡Es horrible! —respondí angustiado y enloquecido.

Gamiani

Es hermoso. Ya he conocido todos los placeres de la carne. Sólo me faltaba conocer este, necesitaba saber si uniendo mi agonía a la agonía de otra mujer, era posible encontrar un nuevo deleite. Es atroz, pero es posible este placer. Muero como quería, joven,

hermosa y gozando... Fanny, perdóname; yo te amaba. Te amo...
¡ay!

Salió de su garganta un prolongado ronquido y la despreciable furia cayó pesadamente sobre el cadáver de Fanny, quedando rígida con los brazos extendidos.

Notas

[1] La primera edición castellana hoy conocida en nuestro país de este libro fue realizada, a principios de siglo, por López Barbadillo y publicada en su colección «Biblioteca de López Barbadillo y sus amigos». < <